

LA FAMILIA POLITICA

O

HAZME TUYA Y NO PREGUNTES

DE

LUIS ENRIQUE OSORIO

Comedia en tres actos estrenada en el Teatro Municipal de Cali el 2 de julio de 1952, por la Compañía Bogotana de Comedias.

La acción en Bogotá, hacia esa misma época.

PERSONAJES

ISABEL, la mujer ideal	Marina García
NINFA, su hermana	Blanca Saavedra
BASILIA, su madre	Carlota Uribe
MARILUZ, su cuñada	Teresa Sanchetti
CONCHA, su sirvienta	Lola Pedraza
JORGE, su marido	Ernesto Currea
DONATO CHULIVAN, su hermano	Leopoldo Valdivieso
BENIGNO, su cuñado	Manuel Meléndez
BERNARDO, su amigo	Aldemar García
DON SEBASTIAN, su tío político	Eduardo Osorio Morales

PRIMER ACTO

Sala de buen gusto, que irradia la alegría de una luna de miel.

(ISABEL trata de leer, pero no logra concentrarse. Entra CONCHA arreglando un florero).

ISABEL. – ¿Todo está listo ya?

CONCHA. – Todo, sí señora. Faltaban tan sólo estas flores... ¿Quedará bien así?

ISABEL. – Muy bien... Ponlas donde él las note al entrar... Son las que prefiere.

CONCHA. – ¿En esta mesita del centro?

ISABEL. – Si... ¿Le plancharon bien el vestido que ha de ponerse?

CONCHA. – Y se lo dejé en su alcoba, sobre el diván.

ISABEL. – Fíjate que no le vaya a faltar ni un botón. El se exaspera cuando va a ponerse las tirantes, o a abrocharse el chaleco... o el pantalón... Y... Y...

CONCHA. – Revisé las tres cosas muy bien, como mi señora dijo.

ISABEL. – De seguro llegará a afeitarse. Fíjate que tenga todo a la mano: brocha, cuchilla, jabón... Y no esperen, por favor, a que les pida el agua caliente... Ya saben que esa es una de sus pequeñas mortificaciones.

CONCHA. – Ya me lo había dicho la señora... Se la tengo lista.

ISABEL. – Recoge ese trapo... A él no le gusta encontrar nada regado... Cierra además un poco la persiana... Que no entre tanta luz.

CONCHA. – ¿Sirvo la comida apenas llegue el señor?

ISABEL. – Apenas llegue no. ¡Qué ocurrencia! Cuando yo te la pida... Fíjate, eso sí, que la mesa esté bien puesta.

CONCHA. – Ya la revisé... Sólo falta preparar el coctel.

ISABEL. – El que te enseñé el otro día, que es el que más le gusta. Sólo que te quedó demasiado amargo.

CONCHA. – ¿Le echo dos gotas menos?

ISABEL. – O tres... Pero antes, pon un poco de música.

CONCHA. – ¿Qué estación, mi señora?

ISABEL. – Estación no. El las odia, por las cuñas. Pon un disco... Este de Chopin... Le fascina... Déjalo puesto; y en cuanto Jorge llegue, conectas... Sin mucho volumen... Suavecito... Y nos dejás solos hasta que yo te llame.

CONCHA. – ¿Y si llegan visitas?

ISABEL. – Nos niegas... Salvo que sean...

CONCHA. – ¡Ahí está!... Ahí está!

ISABEL. – ¡La musical!... ¡La musical!... ¡Y corre a abrir!

(CONCHA pone a funcionar el aparato y sale a toda prisa mientras ISABELI, arrullada por Chopin, se tiende en el diván, deja caer el libro y finge dormitar...).

(Entra SEBASTIÁN, payanés de sesenta años que penetra en la vejez, rodillón, y torcida la corbata, pero irónico y risueño).

SEBASTIAN. – ¿No ha llegado el sobrino?

ISABEL. – *(Que se incorpora riendo, muy divertida).* ¡Hola, tío Sebastián!

SEBASTIAN. – ¿Por qué esa risa?

ISABEL. – Pensando que era Jorge quien llegaba, le puse su disco preferido y me tendí en el diván, con toda languidez...

SEBASTIAN. – Lo del diván y la languidez puede que no me atañan, ni me interesen ya en lo más mínimo... ¡Piensa si en mis sesenta años habré o no tropezado con divanes y languideces!

ISABEL. – Me lo imagino... Dicen que era usted terrible.

SEBASTIAN. – Por lo menos enciclopédico... Conocí y agoté, en eso de divanes y languideces, todos los estilos: el Luís XIV, el Imperio, el Cubista, el de la Revolución Francesa, y hasta el de la Dictadura Suramericana...

ISABEL. – ¿La música si le commueve?

SEBASTIAN. – Déjame aumentar el volumen a ver de qué se trata, porque mis tímpanos se están volviendo exigentes... *(Da volumen).* ¡Chopin!... ¿Y quién le enseñó a tu marido a amar a Chopin, sino yo, allá en la Universidad de Popayán, cuando fui su profesor de matemáticas?... *(Tararea).*

ISABEL. – *(A la ventana).* Ya es hora de que estuviera aquí.

SEBASTIAN. – ¿Viene manejando?

ISABEL. – Con unas jornadas que me asustan... ¡Ayer hizo quinientos kilómetros!

SEBASTIAN. – ¡Qué inútil record!

ISABEL. – Me llamó de Ibagué ya de noche.

SEBASTIAN. – ¿A pedir vía libre?...

ISABEL. – Pretendía seguir adelante y llegar aquí a la madrugada... Le supliqué que no lo hiciera.

SEBASTIAN. – Sí, es mejor que guarde bríos para el reencuentro... Pero más que el afán que él tiene de verte, es el mío de oírlo, de reportearlo... a ver cómo lo recibió ese Popayán de mis desencantos.

ISABEL. – ¿Desencantado de su tierra? ¿Por qué?... ¿Por qué, tío Sebastián?

SEBASTIAN. – Por despecho... La quería... La quiero con toda mi alma; pero me sacaron de allá, hace treinta años, los prejuicios... Y las ñapangas...

ISABEL. – *(Mirando hacia la calle).* ¿Por qué se demorará tanto?... ¡Si salió de Ibagué a las diez de la mañana! ¡Y van a ser las siete de la noche!

SEBASTIAN. – Oye, criatura: aborrezco los deseires, sobre todo cuando tienen fondo amoroso... O piensas en él, o conversas conmigo; pero las dos cosas al tiempo me colocan en situación muy desfavorable... y hasta humillante.

ISABEL. – Perdone usted, tío Sebastián... Si le estaba oyendo... Decía usted que lo desterraron las ñapangas...

SEBASTIAN. – Si, si...

ISABEL. – ¿Qué son las ñapangas?... ¿Persecuciones políticas?

SEBASTIAN. – Todo lo contrario... ¡La sal de la tierra!... De esa tierra que alucinó a los rudos compañeros de mi tocayo don Sebastián de Belalcázar y los hizo acampar allí para el resto de sus días... Se enredaron la coraza y el guayuco, y de ahí salió el milagro: sombrerito de paja, pañolón de flecos, alpargatas limpias, sonrisa de riachuelo, ojos de volcán...

ISABEL. – Y usted les tuvo miedo...

SEBASTIAN. – Por el contrario: demasiada afición... Pues más que la sangre de horchata de las de Mocra, corría por mis venas, hoy arterioscleróticas, la lava del Puracé.

ISABEL. – (Riendo). ¡Y hubo cataclismo!

SEBASTIAN. – Llevaba yo además en el alma, como tu marido, la temeridad de Luzbel... Total: que entre bromas y veras, me enamoré al fin como loco de una ñapanga.

(CONCHA, que escuchaba tras de la puerta, busca pretexto para atravesar la escena y pescar la anécdota).

SEBASTIAN. –...Puedes oír, criatura; puedes oír... No es secreto de Estado... Tráeme un vaso de agua, para que tengas pretexto de estar a mi lado y sacies tranquilamente tu curiosidad.

(CONCHA va a toda prisa y trae el agua, mientras él continúa...).

SEBASTIAN. –...Si, señoras... Me enamoré de una ñapanga.

ISABEL. – ¿Y eso es prohibido?

SEBASTIAN. – Demasiado permitido, mientras no se pasen los límites de la frivolidad... Pero yo me enamoré... Sacramentalmente... Resolví darle mi nombre a la faz del mundo.

ISABEL. – ¿Y le hicieron la guerra?

SEBASTIAN. – Algo peor que la guerra: el vacío... Se me cerraron todas las puertas. Tuve que renunciar a mis cátedras. Me sentí allí peor que un extraño.

ISABEL. – ¿Acabó por arrepentirse?

SEBASTIAN. – Ah, eso nunca. Me sentí mejor casado que si hubiera escogido a la más aristocrática de mis coterráneas... una de esas que llevan a cuestas más de cien parientes entrometidos... Mi Dulcinea en cambio, a pesar de su pobre genealogía, me resultaba la más cómoda de las esposas: madre muerta, padre desconocido y hermanos ausentes... Tomé mi maleta y mi ñapanga... y hasta la vista (**apura un sorbo de agua**).

CONCHA. – ¿Va a tomar más?

SEBASTIAN. – Hasta que acabe el cuento... ¡Ah, esos parientes míos!... ¡Los de Mocra!... Creen que se puede vivir de un apellido ilustre a estas horas de la vida; y que bajo ese pergamo, como en el de un animal disecado, nada palpita... No me perdonaron esa rebeldía ni en la viudez.

ISABEL. – ¿No será un error el empeño de Jorge, de que nos vayamos para allá?

SEBASTIAN. – Si, es un error... Pero ya verás que con este viajecito cambia de idea... Aunque haya encontrado más bello que nunca el valle de Pubenza (**bebe el último sorbo**).

(**Pito de automóvil**).

ISABEL,- ¡Ahí está!... ¡Ahí está!... ¡Corre!... ¡Abrele!

(**Sale CONCHA a toda prisa**).

SEBASTIAN. – ¡Pero recíbeme el vaso!... ¿Dónde lo pongo ahora, sin que se dañen los muebles?

ISABEL. – ¡Qué alivio!... Permítamelo, tío... Pongámoslo aquí...

(Mientras ISABEL coloca el vaso en una consola, entra, a espaldas de ella, BERNARDO, un reposado treintañero).

ISABEL. – (Abalanzándosele a ciegas). ¡Mi amor!

BERNARDO. – (Festivo). ¿Desde cuándo?

ISABEL. – ¡Ay, qué atembada!... ¡Perdón, Bernardo! ¡Estoy loca!

SEBASTIAN. – ¡Otro chasco! Eso ocurre siempre, cuando hay demasiada premura.

BERNARDO. – ¡Y así nacen los falsos testimonios!

SEBASTIAN. – O las malas tentaciones... Por fortuna no me tocó el segundo error.

BERNARDO. – ¿El primero fue menos impetuoso?

SEBASTIAN. – Y menos sincero.

BERNARDO. – (Mirando el reloj). Me sorprende que no haya llegado.

ISABEL,- Debía haber llegado a las cuatro... ¡y son las siete!... ¡Ay! ¿Le habrá pasado algo?

BERNARDO. – No creo. Es gran timón, y de una prudencia exagerada, Algún cambio de llantas...

SEBASTIAN. – O de palabras con un chofer de camión... Cuando conduce él mismo, baja el nivel de su cultura... Las máquinas están acabando con la urbanidad.

BERNARDO. – Lo malo es que no vengo a saludarlo, sino a despedirme muy de prisa.

ISABEL. – ¿Te vas?

SEBASTIAN. – ¿Para dónde?

BERNARDO. – Vuelo a Cali mañana temprano. Luego cabalgaré, navegaré un poco, volveré a volar...

SEBASTIAN. – ¿Negocios?...

BERNARDO. – Merodeos, simplemente... Unas vacaciones... Cuando me acosa mucho la neurastenia, salgo a buscar algo que yo mismo ignoro.

SEBASTIAN. – Talvez una mujer como Isabel... Es lo que te hace falta.

BERNARDO. – Estamos de acuerdo... Pero la considero inencontrable.

SEBASTIAN. – Aquí talvez sí. Esto se halla ya muy mecanizado. Pero quien sabe si bajo otros cielos... Bajo las palmeras del Valle... o ante un horizonte marino... ¡Apruebo ese viaje!

ISABEL. – ¿Qué le pasará, Dios mío?...

BERNARDO. – ¡Qué magnífica ansiedad!... ¡Pocas son las mujeres que quieren y aguardan como tú, Isabel!

SEBASTIAN. – Y que quieren y aguardan solas, sin la cooperación de toda la familia política... Porque el matrimonio tiene eso de malo, y fue a lo que más miedo le tuve... Es como comer granadilla...

ISABEL. – ¿Por qué, tío?

SEBASTIAN. – Elegimos una pepa, tratamos de sorberla, y se nos vienen todas encima.

ISABEL. – ¡Qué ocurrencia!

SEBASTIAN. – Por fortuna no reza contigo. En ese sentido, eres privilegiada, como lo fue mi ñapanga.

BERNARDO. – Divertido está el tema, pero... Dile, Isabel, que estuve aquí... Y que cuando regrese a Bogotá, vendré a verlo.

ISABEL. – Espéralo unos minutos más...

SEBASTIAN. – Sí. Juguemos en tanto una partida de ajedrez.

BERNARDO. – ¿Dejándola sola en esa angustia?

SEBASTIAN. – Con las palabras de Esquilo en los labios... las que puso en boca de Klitemnestra cuando Agamenón regresó a su palacio: qué de tapices tendería a tu paso si contigo regresara tu alma...

BERNARDO. – ¿Se lo habrán robado por allá?

ISABEL. – Estoy muy segura de su cariño.

SEBASTIAN. – Con todo, este matrimonio habrá provocado entre los de Mocra y demás parientes ilustres de Popayán una verdadera guerra de Troya... Vamos, Bernardo...

(**Salen BERNARDO y SEBASTIAN... Regresa CONCHA**).

CONCHA. – ¿Les sirvo algo, mi señora?

ISABEL. – Pregúnteleles qué desean...

(**Sale CONCHA detrás de ellos...**).

(**Entra JORGE vestido con el desaliño de la jornada**).

JORGE. – ¡Mi amor!

ISABEL. – (**Sobresaltada**). ¡Tu!... ¿Por dónde entraste?

JORGE. – ¡Qué pregunta! ¡Por la puerta!

ISABEL. – Me estabas matando de angustia. ¿Por que tardaste tanto?

JORGE. – Con el afán de llegar, olvidé poner gasolina.

ISABEL. – ¡Qué falta tan atroz me has hecho!

JORGE. – ¡Y tú a mí!

ISABEL. – ¿No me olvidaste un instante?... ¿Me lo juras?

JORGE. – Sólo soñaba con estar aquí otra vez... En nuestro ambiente... En nuestra penumbra... Con nuestras flores... Con nuestra música...

ISABEL. – ¡Mi amor!

JORGE. – (*Hacia el diván*). Ven acá...

ISABEL. – El tío Sebastián y Bernardo están en tu estudio...

JORGE. – (*Semi-contrariado*). ¡Ah!, ¿Si?...

ISABEL. – ¿Te disgusta?...

JORGE. – Hubiera preferido encontrarte sola...

ISABEL. – ¡Tonto! ¿No nos queda acaso por delante... toda una vida?...

JORGE. – ¡Ojalá que así sea! Para mí, vivir sin ti, es ya un imposible.

(*Entran BERNARDO y SEBASTIAN*).

BERNARDO. – Si no llegas pronto, hay desmayo.

SEBASTIAN. – Precedido de un éxtasis y un asalto. ¡Toda la técnica moderna en cuestiones de amor!

(*Entra CONCHA*).

CONCHA. – ¿Hay que bajar maletas?

JORGE. – Si... Y guardo el carro de una vez.

ISABEL. – Corre... Ábrele el garaje.

CONCHA. – Si señora.

(*Sale CONCHA*).

BERNARDO. – Dame los llaves, yo te lo guardo... Tú vendrás muy cansado.

JORGE. – Gracias, Bernardo... (*Le da las llaves*)... Tú, Isabel fíjate que saquen todo con cuidado.

ISABEL. – Voy, sí...

(*Salen BERNARDO e ISABEL*).

SEBASTIAN. – ¿Y bien?... ¿Te divertiste?

JORGE. – Muy poco, tío.

SEBASTIAN. – Se me puso... ¿Insistes en irte a vivir allá?

JORGE. – No... No es posible.

SEBASTIAN. – ¿No te lo advertí? Conozco el medio mejor que tú, aunque hace marras que no voy por allá.

JORGE. – Me hice ilusiones. Me creí capaz de convencer. Pero la reacción fue más violenta de lo que supuse.

SEBASTIAN. – ¿Si?... Cuéntame, cuéntame.

JORGE. – Cuando les dije que me había casado, mamá, las tíos, todas mis hermanas, preguntaron al unísono: ¿Con quién?... ¡Y ahí fue Troya!

SEBASTIAN. – Lo andaba yo profetizando hace un momento.

JORGE. – De nada me sirvió mostrar el retrato de Isabel, y hablar de su educación, y de sus virtudes, y de lo mucho que me quería. Como no sé ni quienes son sus padres, ni ella quiere decírmelo, ese misterio les ha parecido un crimen... Mamá se fue a cama. Las demás me aseguran que la voy a matar.

SEBASTIAN. – ¿Todas?

JORGE. – Sólo una está conmigo... ¡Mariluz!

SEBASTIAN. – También lo esperaba yo así.

JORGE. – Al momento puso por sobre todo prejuicio el cariño que me tiene... Y reía con la ocurrencia de que Isabel fuera una perla y hubiera salido de una concha marina...

SEBASTIAN. – Las demás no lo creyeron...

JORGE. – ¡Que iba yo siquiera a decírselo!... Mariluz en tanto quería saber hasta los más mínimos detalles de nuestra vida; encontraba encantador el misterio... En realidad, fue mi única compañía... Cabalgábamos todas las tardes por las orillas del Cauca, haciendo donos mutuas confidencias... Con todo...

SEBASTIAN. – Una golondrina no hace verano...

JORGE. – Así es... Me aconsejó que regresara a Bogotá y me quedara aquí tranquilo.

SEBASTIAN. – Estamos de acuerdo.

JORGE. – Pero eso tampoco es posible a la larga. Muerto papá, soy el único hombre de la casa.

SEBASTIAN. – Razón de más para que huyas.

JORGE. – Y soy además demasiado hogareño. No me basta ser tan feliz con mi mujer. Siento la necesidad de darle un ambiente, una posición, el calor de una familia...

SEBASTIAN. – Teorías, teorías... No hay peor cuña que la del mismo palo... Eso de que la sangre tira, son cuentos chinos. Tira, pero a matarnos cuando se le presenta la oportunidad.

JORGE. – Es además una cobardía darme por vencido, no destruir obstáculos.

SEBASTIAN. – Esos no son obstáculos, sino molinos de viento... Ven. Un cambio de indumentaria te cambiará también las ideas.

JORGE. – Concha...

(*Entra CONCHA*).

CONCHA. – ¿Señor?

JORGE. – Hazme el favor de...

CONCHA. – Sobre el diván de su alcoba tiene su ropa... Las mancornas están ya puestas en la camisa... En el baño tiene cuchilla, toalla, jabón y agua de colonia... Ya le llevo el agua hirviendo... ¿Le toco a Chopin?

JORGE. – Bien, bien...

SEBASTIAN. – Fíjate: todo a pedir de boca... Y tú en tanto, buscando la manera de complicarte la vida...

(*Salen JORGE y SEBASTIAN*).

ISABEL. – (*Fuera*)... ¡Concha! ¡Sube estas maletas!

CONCHA. – Voy primero a llevarle el agua hirviendo...

(*Sale CONCHA y entran BERNARDO e ISABEL*).

ISABEL. – ¿Cuándo piensas regresar?

BERNARDO. – No sé... Lo haré en todo caso con menos prisa que tu marido; porque nadie me espera.

ISABEL. – ¡Nosotros, ingrato!

BERNARDO. – El amor mutuo es demasiado egoísta para que eche de menos una simple amistad... Jorge, en cambio, no ha debido irse. ¿Para qué?... ¿Qué más puede pedirle a la vida? Son pocas las mujeres que quieren y llenan como tú; que se concentran tanto en un afecto, y arrollan con él.

ISABEL. – Nací para eso: para querer a un hombre... Y lo encontré.

BERNARDO. – Ese hombre tuvo suerte... Más suerte que yo.

ISABEL. – ¿Suerte tan sólo?... ¿No me conociste tú primero, cuando yo ni siquiera sospechaba la existencia de Jorge?

BERNARDO. – Es verdad... Y te aprecié en todo lo que valías...

ISABEL. – Y nunca lo dijiste...

BERNARDO. – Tuve miedo.

ISABEL. – ¿A mí?

BERNARDO. – Bien sabes que no... Hasta alcanzaste a comprender que yo te quería, ¿no es cierto?

ISABEL. – Quizá...

BERNARDO. – Y comprendiste que mi silencio tenía razón... Y que al huir de ti, también tenía razón...

ISABEL. – Sobrada razón.

BERNARDO. – Por eso mismo, te repito un consejo... Solemne como un testamento, porque dicen que partir es morir un poco.

ISABEL. – ¡Uy! Deja ese pesimismo.

BERNARDO. – Isabel: por ningún motivo dejes de ser para Jorge la mujer enigmática que has sido siempre... Tu pasado no existe, entiendes.

ISABEL. – Claro que entiendo.

BERNARDO. – ¡No puede, no debe existir!... Va en ello tu felicidad; esa felicidad que es privilegio de muy pocas personas y que hoy gozas plenamente... Y que yo, envidioso en cierto modo, me voy a buscar como judío errante...

ISABEL. – ¿Y si él insiste en averiguar?

BERNARDO. – No cedas. Aférrate a tu mitología: eres perla y saliste de una concha marina...

(*Entra SEBASTIAN*).

SEBASTIAN. – Hasta mañana, Isabel.

ISABEL. – ¿Se va usted, tío?

SEBASTIAN. – Y me llevo a Bernardo.

BERNARDO. – Voy a despedirme de Jorge.

SEBASTIAN. – Suprime la fórmula. Huye más bien de ese insensato, antes de que te haga víctima de su obsesión.

BERNARDO. – ¿No lo apaciguaron setecientos kilómetros de mal camino?

SEBASTIAN. – Lo acabaron de enloquecer.

ISABEL. – ¿Qué locura es esa?

SEBASTIAN. – Desde tiempos inmemoriales, los maridos reniegan de las suegras. Este, que no la tiene, se empeña en fabricársela.

BERNARDO. – Merece una camisa de fuerza.

SEBASTIAN. – Como digno hijo de la civilización contemporánea. Aprovecha la paz en que vive para descubrir la fórmula de los cataclismos.

BERNARDO. – No redunda sin embargo decirle adiós.

SEBASTIAN. – Te expones a que te invite a comer, contra su voluntad.

BERNARDO. – Eso sí es cierto...

SEBASTIAN. – Dejémoslos solos... Lo llamas luego por teléfono... Vamos...

BERNARDO. – Adiós entonces, Isabel...

ISABEL. – Que escribas...

(*Salen BERNARDO y SEBASTIAN*).

ISABEL. – Concha... Concha...

(*Entra CONCHA*).

CONCHA. – ¿Mi señora?

ISABEL. – ¿Subiste ya todo?

CONCHA. – Todo, si señora.

ISABEL. – Fíjate entonces que la puerta quede bien cerrada.

CONCHA. – Voy, sí señora...

(*Sale CONCHA... Entra JORGE en bata*).

JORGE. – Oye, tío Sebastián...

ISABEL. – Se acaba de ir, mi amor.

JORGE. – ¿Bernardo también?

ISABEL. – Sí... Estaba de viaje... Te dejó recuerdos...

JORGE. – (*Abriéndole un estuche*). Mira...

ISABEL. – ¡Qué sueño de brillantes!

JORGE. – Una reliquia familiar... Eran de mi bisabuela... Los había heredado mi hermana menor, Mariluz... Ella te los envía.

ISABEL. – (*Asustada*). ¡Jorge!... No creo merecer...

JORGE. – No vine en todo caso con las manos vacias... Por lo demás...

(*Pausa*).

ISABEL. – ¿No vas a vestirte?

JORGE. – No tengo prisa... Prefiero estar contigo.

ISABEL. – Recuéstate aquí, ¿quieres?... ¡Vendrás tan cansado!

JORGE. – (*Yendo al diván*). Es cierto... Pero siéntate junto a mí.

ISABEL. – ¿Quieres que apague la luz, y tratas de dormir?

JORGE. – No... Quiero que hablemos.

ISABEL. – (*Acariciándole la cabeza*)... Tú dirás de qué.

JORGE. – (**Sentándose bruscamente**). Isabel: es preciso que tomemos la vida en serio.

ISABEL. – ¿La hemos tomado alguna vez en broma?

JORGE. – No... Pero es preciso que aterricemos.

ISABEL. – Me asustas.

JORGE. – Aunque nos queramos cada día más, nuestro idilio no puede ser eterno.

ISABEL. – ¡Jorge! ¿Qué dices?

JORGE. – Ante todo, que, como bien lo sabes, pronto llegará nuestro primer hijo.

ISABEL. – Me parece mentira que sea posible tanta felicidad... ¿Y qué? ¿Eso te asusta?

JORGE. – El ha de crecer, y necesitará al cabo una posición social que no puede salir del romance que estamos viviendo... Necesitará ambiente, renombre... Y ni él ni nadie se conformarán con el cuento de que eres una perla viviente y que saliste del fondo del mar.

ISABEL. – Ya sé a dónde vas... A lo mismo de siempre... ¡Jorge, Jorge!... ¿Olvidas tu promesa?

JORGE. – No.

ISABEL. – Consentí en casarme contigo a condición de que ignoraras totalmente mi pasado.

JORGE. – Me equivoqué al acceder, y es justo que me absuelvas de ese error... Y de ese tormento.

ISABEL. – ¿No te basta saber que en mi vida no ha habido más hombre que tú?

JORGE. – No me basta.

ISABEL. – ¿O lo pones en duda?

JORGE. – Nunca... Estoy seguro además de que, por tu cultura, por tu delicadeza, por tu distinción, no puedes tener un origen inferior al mío.

ISABEL. – ¿Qué te alarma entonces?

JORGE. – Que vivas reñidas con los tuyos, a lo mejor por nimiedades... Cualquiera que sea la causa de ese disgusto, debes acercarte de nuevo a ellos.

ISABEL. – No veo el objeto...

JORGE. – Eso facilitará que puedas también acercarte a los míos, que hoy te rechazan precisamente por el misterio en que has querido envolverte. Todo lo que te diga es poco sobre la forma como han reaccionado contra ti y contra mí.

ISABEL. – ¿Qué importa, si somos felices?

JORGE. – Ya te he dicho que la vida no es sólo idilio; que tiene otros imperativos... Y por lo mismo que nos queremos tanto, necesito elevarte, imponerte a los míos y a todo el mundo... No podemos descartar el porvenir.

ISABEL. – Cuando hay tanta felicidad, el porvenir se resuelve solo.

JORGE. – Isabel: sea lo que sea tu pasado, debes contármelo... en la seguridad de que nada me apartará de ti... ¡Nada!... En cambio, este enigma puede convertirse a la larga en un fastidio que...

ISABEL. – Que borraré con mimos, ya verás...

(*Entra CONCHA con la coctelera*).

CONCHA. – ¿Les sirvo aquí?

JORGE. – Todavía no... Voy primero a la ducha... Y luego a vestirme...

ISABEL. – Muy bien pensado...

JORGE. – Acompáñame... Hablaremos en tanto... Seguiremos discutiendo esto muy cordialmente.

ISABEL. – Lo que haces con tu insistencia es torturarme.

JORGE. – Ya verás que no... Ya verás que no...

ISABEL. – Sí, me torturas... Inútilmente...

CONCHA. – ¿Pongo otro disco mientras tanto, mi señora?

ISABEL. – Ahora no.

(*Salen ISABEL y JORGE... CONCHA hace medio mutis, buscándole puesto a la coctelera... Suena el timbre... CONCHA regresa y toma la bocina del teléfono... El timbre insiste*)...

CONCHA. – ¿A ver?... ¿A ver?... Ah, es el portón...

(*Sale CONCHA, y regresa, a los pocos momentos siguiendo a NINFA, mujer joven, atractiva, aunque algo despeinada y con indicios de haber tomado parte en una reyerta*)...

CONCHA. – ¿Por qué no hace el favor de esperar allí?

NINFA. – Aquí estoy bien.

CONCHA. – Usted debe de venir equivocada.

NINFA. – Le repito que no.

CONCHA. – Esta es la casa de don Jorge de Mocra.

NINFA. – Precisamente... ¿La señora está aquí?

CONCHA. – No sé...

NINFA. – Yo sé que si está... Llámamela.

CONCHA. – Me perdonas; pero... como no la conozco a usted... Si me hiciera el favor de esperar en la puerta mientras aviso...

NINFA. – Dígale que es Ninfa.

CONCHA. – (*Sin atreverse a salir*). ¡Mi señora!...; Mi señora!...

(*Entra ISABEL*).

ISABEL. – (*Espantada*)... ¡Ninfa!

NINFA. – ¡Isabel!

ISABEL. – ¿Quéquieres aquí?

NINFA. – Me pasa algo horrible... Óyeme...

ISABEL. – (*A CONCHA*)... Ve a ver si Jorge necesita algo más... Dile que dentro de un momento subo.

CONCHA. – Sí señora.

(*Sale CONCHA intrigadísima*).

ISABEL. – Vete de aquí... ¡Ya!

NINFA. – ¡Me echas de tu casa?

ISABEL. – Interprétalo como quieras.

NINFA. – ¡Piensa que estoy en un trance terrible!

ISABEL. – No me interesa conocerlo.

NINFA. – Nadie creería que eres mi hermana.

ISABEL. – Realmente... Somos personas muy distintas.

NINFA. – Imagínate que...

ISABEL. – No me interesa oírte... ¿O es que ni vergüenza tienes?

NINFA. – Escúchame siquiera...

ISABEL. – Empeño inútil.

NINFA. – ¿Crees que me hubiera atrevido a pisar tu casa si tuviera alguien más a quién apelar?... Mira, mira cómo estoy... Vivo de milagro... Mi marido casi me mata.

ISABEL. – (*Seca*). ¿Por qué?

NINFA. – Vive borracho; y cuando está así le da por odiarnos, a mí y a mis hijos... Nos corrió por toda la casa con un revólver, gritando que nos iba a matar a todos... Me tiró al suelo y empezó a darme puntapiés... Quería también cortarme la cara... Mira, mira cómo estoy...

ISABEL. – Le darías motivo.

NINFA,- Ninguno... Ya te he dicho que, cuando bebe, pierde la cabeza... Pero hoy llegó peor que nunca... y nos echó a todos a la calle.

ISABEL. – Lamentable el conflicto; pero nada puedo hacer para remediarlo.

NINFA. – Veo que el bienestar te ha vuelto egoísta.

ISABEL. – Y a ti la desgracia te ha vuelto abusiva... ¿Con qué derecho vienes a mi casa?... ¿Con qué derecho averiguas siquiera dónde vivo?

NINFA. – Isabel; compadéceme.

ISABEL. – Vuelve a tu casa, es lo que has de hacer.

NINFA. – Si juró que nos mataba a todos cuando volviera a vernos.

ISABEL. – Déjate matar.

NINFA. – ¡Por mis hijos, Isabel! ¡Por mis hijos!

ISABEL. – ¿Dónde están?

NINFA. – En la puerta.

ISABEL. – (**Tras una pausa, dándole dinero**). Toma... Llévalos a un hotel... Pide más, si necesitas; pero a condición de que no vuelvas por acá.

NINFA. – No he venido a hacerte un chantaje (**Tira el dinero**).

ISABEL. – No me extrañaría.

NINFA. – ¿Me guardas todavía rencor, porque él me prefirió a mí? ¿Sigues pensando que te lo quité intencionalmente?... Eso es injusto... Pero si así fuera, estoy bien castigada... Compadéceme, Isabel.

ISABEL. – No te deseo ningún mal... ni siquiera ningún bien... No deseo sino que desaparezcas...

(**Exaltándose**)... ¡Que desaparezcas, me entiendes?

(**Entra Jorge, ya vestido**).

JORGE. – ¿Qué gritos son esos?

NINFA. – Excuse usted...

(**Entra Concha**).

JORGE. – (**Áspero**). ¿Qué desea usted?... ¿Qué te ocurre con esa señorita?

NINFA. – (**Rompe a llorar**).

JORGE. – ¿Quién es?

ISABEL. – Concha: acompáñala hasta la puerta.

NINFA. – ¡Qué injusticia!

JORGE. – Pero, ¿de qué se trata?

NINFA. – Soy la hermana de Isabel.

JORGE. – (**Sacudido**). ¿Hermana?... (**Y toma la punta del ovillo**). Siéntese usted.

ISABEL. – ¡No!

JORGE. – ¿Por qué no?

NINFA. – No quiere creer que mi marido quiso matarme.

ISABEL. – Si lo intentó su razón tendría.

NINFA. – Vine a pedirle protección y me echa a la calle.

JORGE. – Isabel: ¿Cómo haces eso?

ISABEL. – No me pidas explicaciones.

JORGE. – No parece cosa tuya. A una persona en desgracia, aunque sea extraña, se le ayuda... A una hermana, con más razón... (**A NINFA**). No llore usted más... Tranquilícese... Diga en qué podemos servirle. NINFA. – No he venido a pedir sino un poco de amparo, que no se niega a ningún ser humano... Y no para mí, sino para mis hijos... Y por uno o dos días... Mientras consigo un abogado para que la justicia me defienda de ese hombre...

JORGE. – Cálmese... Aquí tendrá usted todo el amparo que necesite por lo pronto... No faltaba más.

ISABEL. – ¡Jorge!

JORGE. – ¡Es tu hermana!

ISABEL. – Como si no lo fuera.

NINFA. – Ya la oye usted... Déjeme ir... Déjeme ir...

JORGE. – (**Deteniéndola**). Ignoro lo que haya sucedido entre las dos; pero basta que sea usted hermana de Isabel para que yo me empeñe en servirle.

NINFA. – (**Mirando a Isabel con aire de desafío**). Gracias...

JORGE. – Y si ha venido a buscarnos, si ha confiado en nosotros, con más razón.

ISABEL. – ¡Allá tú!

JORGE. – Quiero que nos coloquemos todos en un plano cordial... Vamos, mi amor: no pongas esa cara de mártir... Dígame, mi querida cuñada... Perdón, que ni siquiera sé su nombre...

NINFA. – Ninfa... Ninfa de Penagos.

JORGE. – ¿Y qué es lo que le sucede con el señor Penagos?

NINFA. – (**Llorando histéricamente**). Que soy muy desgraciada.

JORGE. – Sospecho que no. Los disgustos conyugales son casi siempre incidentes pasajeros... Y también las discordias de familia. ¿No es cierto, Isabel?

ISABEL. – No me atrevo a objetarte.

JORGE. – Vamos a hacer todo lo posible, Ninfa, para calmar la tormenta... Aplacaremos al señor Penagos, y a Isabel la haremos también entrar en razón.

NINFA. – De ese canalla no quiero volver a saber nada; y en cuanto a ella...

JORGE. – Ya verá que todo se arregla... Déjeme apadrinar esa doble reconciliación... Por lo pronto, aquí tiene usted su casa... Basta para ello que sea usted hermana de mi mujer. ¿No es cierto, Isabel?

ISABEL. – (*Áspera*). Por mi parte, ya hablé...

JORGE. – ¿Dónde dejó los niños?

NINFA. – En el portón.

JORGE. – ¿Con el tráfico que hay ahora en esta calle? ¡Qué barbaridad!

NINFA. – Y llorando; porque hace un día que no pasan bocado los pobrecitos.

JORGE. – Conchita: encárgate de los niños que están en la puerta... Llévalos al cuartito azul... Si, el de la cunita... Pregúntales que desean.

CONCHA. – (*Mira a ISABEL, desconcertada*).

JORGE. – ¿Oyes lo que te digo?

CONCHA. – Si señor...

(*Sale CONCHA*).

JORGE. – No ha debido usted dejarlos solos.

NINFA. – Están con mamá,

ISABEL. – (*Espantada*). ¿También?

JORGE. – ¿Con la madre de Isabel?

NINFA. – Sí... No se atrevió a entrar conmigo.

JORGE. – ¿Y por qué?

NINFA. – Por miedo a Isabel.

JORGE. – ¿Tan terrible es mi esposa?... ¿Pero qué te sucede, Isabel? ¿No oyes que tu madre está ahí?... ¿Vas a dejarla en la puerta?... Voy a hacerla seguir.

ISABEL. – Como quieras...

JORGE. – Mejor que vayas tú...

ISABEL. – Yo no.

JORGE. – Cualquiera que sea el resentimiento que con ella tengas, quiero verte a la altura de tu nobleza... Vamos a ponerle fin a este misterio.

ISABEL. – Nunca sé decirte que no a nada, al fin y al cabo...

NINFA. – Lo mejor es que yo me vaya... Que no entren los niños... Que no le digan nada a mamá... ¿Para qué exponernos a más humillaciones?

JORGE. – Le ruego que nos acompañe, Ninfa.

NINFA. – Ella nos está echando con la mirada... ¿No la ve usted?

ISABEL. – (*A NINFA*). Y si lo estás viendo...

JORGE. – (*Abrazándola*). Yo he de ablandarla.

ISABEL. – (*Incisiva*). ¿Qué es lo que te mueve en este juego.... ¿La bondad realmente?... ¿O la curiosidad?

JORGE. – ¿Si te dijera que ambas cosas?... Porque quiero vivir en la realidad.

ISABEL. – Yo no.

JORGE. – Ninfa, le ruego: no haga ahora caso de Isabel. No está en sus cabales... Haga seguir a su mamá, y que Concha se encargue de los niños.

NINFA. – Voy, pues, ya que usted se empeña...

(*Sale NINFA*).

JORGE. – Te desconozco, Isabel.

ISABEL. – ¡Qué error tan grande estás cometiendo, mi amor!

JORGE. – ¿En recibirlas?... ¿Pero qué asperezas hay en tu vida, que reaccionas ahora en forma tan monstruosa?... Eso mismo me induce a escudriñar toda la verdad.

ISABEL. – Comienza por saber que ellas me echaron de su casa.

JORGE. – El perdón es la mejor de las venganzas.

ISABEL. – Pero no corrige la bajeza humana. Más bien la estimula.

JORGE. – ¿Eres tú, mi Isabel, quien habla así? ¿Mi dulce Isabel?... ¿Quién, por muchos que sean sus resentimientos, no se conmueve al encontrar a su madre?... ¡Y tú tiemblas!... ¡Y me miras hasta con rabia! ¿Qué misterio es el tuyo, que ya empieza a asustarme?

ISABEL. – Ve a cerrarles la puerta. ¡Diles que no entren!

JORGE. – ¿Pero por qué?

ISABEL. – Porque te quiero... porque te quiero con toda mi alma... Ciérrales la puerta... ¡Ciérrasela!

JORGE. – ¿Te has vuelto loca de verdad?

(*Entra BASILIA, cuarentona de aspecto vulgar, seguida por NINFA*).

BASILIA. – Tenía que ser así... Bien sospechaba yo que no era él el que nos sacaba el cuerpo... ¿Es usted?... ¡Déjeme que lo abrace!... ¡Qué hombre!... No se lo merece esta niña, que ha sido siempre egoísta... Parece mentira que sea ella, mi hija, quien nos eche de aquí en estos momentos, mientras usted, que no nos conoce todavía, nos tiende la mano... ¡Cómo son las cosas de este mundo!... Y me alegra que haya un hombre más para respaldarnos en esta horrible situación... Porque tampoco estamos tan solas... ¿Qué se hizo Donato?... Entra, Donato... ¡Es mi hijo mayor!

(*Entra DONATO, mozo de aspecto plebeyo y altanero, con pistola al cinto*).

DONATO. – (*Abrazando bruscamente a JORGE*). Bien, cuñado. ¡Así se hace!

JORGE. – (*Sorprendido*). ¿Cómo está usted?

DONATO. – (*Golpeándole la espalda*). ¡Así se hace!... ¡Así se hace!

BASILIA. – Piensen que nosotros llegamos hoy a Bogotá, porque a Donato lo trasladaron... Y nos encontramos con esta tragedia... Donato quiso ir a tomarle cuentas a ese miserable; pero no lo dejé, porque... El es de los que no se contienen... ¡Y sin que haya quien le reclame; porque tiene tan buenos padrinos!

DONATO. – Ah, pero que se la cobro, se la cobro... (*Toca la pistola*)... En cuanto lo cuadre...

BASILIA. – Linda casa tienen... Nosotros no habíamos querido ni pasar por la puerta, para que ella no se imaginara que veníamos a pedir limosna... Y Donato, no porque no tuviera derecho a hacerlo; porque él puede entrar a todas partes... Y requisar en todas partes.

DONATO. – Y lo que se te ofrezca, cuñado, ya sabes... (*Toca la pistola*). ¡A la orden!... Para eso estamos.

BASILIA. – Vamos a ver, pues, qué hacemos con esta muchacha... y con los niños... Cómo los instalamos... No se preocupen, que yo me encargo de todo. Soy muy buena ama de casa... ¿Por dónde son las alcobas?... ¿Por aquí?... Yo procuraré en todo caso instalarme al otro extremo, porque no resisto el bochinche de las criaturas (*carcajada*)... Cosas de la edad... Ven Donato... Ayúdame a subir la escalera... ¿Por aquí es?

JORGE. – (*Desconcertado*). Por ahí, si...

(*Salen BASILIA, NINFA y DONATO*).

BASILIA. – ¡Pero agárrame bien el brazo, hombre! (*carcajada*).

DONATO. – Pero no me pisces...

BASILIA. – ¿Te pisé?... (*Otra carcajada*).

(*Las voces se van perdiendo en lo alto de la escalera, donde llora un niño*).

ISABEL. – ¿Empiezas a desconcertarte?

JORGE. – Un poco...

ISABEL. – Con razón... Ahí está en todo caso lo que me exigías: romper la fábula y que se te venga encima la realidad... La atroz realidad.

JORGE. – Nunca pensé que...

ISABEL. – Jorge: ¿Qué has hecho?... ¿Por qué no me atendiste?

JORGE. – Si me hubieras hablado a tiempo, como te supliqué; si no hubieras hecho de esto un misterio absurdo...

ISABEL. – Te habría perdido... Ahora vas a saberlo todo sin que yo te lo cuente... (*Rompe a llorar*). Sin que yo te lo cuente... (*Estalla en sollozos sobre el diván*).

BASILIA. – (*Suelta en el piso alto otra carcajada vulgar*).

TELON

SEGUNDO ACTO

La misma decoración del acto anterior, pero con menos aliño.

(**CONCHA recoge colillas del piso. BASILIA entra, muy desgreñada**).

BASILIA. – Oiga, como se llame... ¿No le piensan dar desayuno a Donato?

CONCHA. – ¿Ya se levantó?

BASILIA. – ¿A usted qué le importa que se haya levantado o no?... ¿Estamos aquí para informarle todo lo que hacemos?... ¡Caramba!

CONCHA. – Pregunto para saber dónde hay que servírselo. Como unas veces lo quiere en la mesa y otras en la cama.

BASILIA. – ¡Qué idiotez! Pues lléveselo a donde esté... ¡Qué criadas estas! ¿Dónde aprendió usted a servir?

CONCHA. – ¿Y usted dónde aprendió a mandar?

BASILIA. – ¿Qué?... ¿Qué?... ¡Atrevida!

CONCHA. – ¡Cómo no!

BASILIA. – Se lo voy a decir a Isabel.

CONCHA. – Dígasel... Y lo que es a la alcoba no le llevo a ese señor desayuno ni nada... El es el atrevido.

BASILIA. – ¡Pues se lo lleva!

CONCHA. – Pues no... ¿Y quién me obliga?

BASILIA. – La obligo yo... O se va de la casa ahora mismo.

CONCHA. – La que tiene que despedirme es mi señora.

BASILIA. – Si estamos aquí es porque ella y Jorge nos han invitado... Y si usted no se larga, nos iremos nosotros...

CONCHA. – (**Furtiva**). Me da risa...

BASILIA. – ¿Qué?... ¿Qué?

(*Entra ISABEL*).

ISABEL. – ¿Qué pasa, mamá?

BASILIA. – Que esa mujer es una insolente...

CONCHA. – Que si es ella la que ha de mandar aquí...

ISABEL. – Bien, bien... Déjate de rezongos y súbele el desayuno a Jorge.

CONCHA. – Si, mi señora...

(*Sale CONCHA rezongando*).

BASILIA. – Pues yo había dicho que a Donato... Está bien... Desautorizame. Hasta de intento lo harás.

ISABEL. – ¡Pues que se lo sirvan también a Donato, claro!

BASILIA. – No. ¡A Jorge! ¡A Jorge solamente!... Primero él, segundo él y último él... Porque como nosotros estamos arrimados... Se lo llevaré yo... Se lo prepararé yo... E iré a comprar también, si es necesario, la pastilla de chocolate.

ISABEL. – Deja, mamá, esas susceptibilidades necias. En todo has de estar viendo desaires y ofensas.

BASILIA. – Es que cuando las personas consiguen plata sin haber tenido nunca sobre qué caerse muertas... ¡Claro!... Se sienten demasiado encumbradas... Y de mejor familia que todo el mundo... Los suyos no son más que basura.

ISABEL. – ¿Quieres cambiar de tema?

BASILIA. – ¿Para qué?... Si todo lo que digo yo aquí fastidia.

ISABEL. – Pongamos música, entonces (*pone el disco de Chopin*).

BASILIA. – ¡Claro! ¡Pero tiene que ser la que a mí me aburre... Como para darme a entender que estoy por demás.

ISABEL. – No pensé en ti al escoger, sino en Jorge...

BASILIA. – Ah, sí... Entiendo...

ISABEL. – Y a propósito de Jorge, mamá... No quiero que te vea en esa facha... ¿Por qué no te arreglas un poco?

BASILIA. – Si, ya sé; como aquí no cuenta sino Jorge... ¡Jorge!... ¡Ay, Jorge! Parece que no hubiera en la vida más que Jorge...

ISABEL. – Si así quieres entenderlo...

(*Sale ISABEL*).

BASILIA. – ¡Uy, qué desesperación!... Tenga usted hijas para esto: para que la ofendan, para que busquen siempre la manera de contrariarla... ¡Uy!... ¡Uy!... ¡Uy!...

(*Entra SEBASTIAN de la calle*).

SEBASTIAN. – Buenos días, buenos días... (*Pomposo*). ¡Señora!... ¿Qué le asusta?... ¿No le agrada esa música?

BASILIA. – Me parece horrible.

SEBASTIAN. – Ajá... Veo que es usted alérgica al ritmo francés... ¿Prefiere algo de Bach?...

BASILIA. – Pues si debajo es como encima...

SEBASTIAN. – Entiendo... Sus gustos van por otro lado... El Ron de Vinola, el Gallo Tuerto... La Vaca Lechera...

BASILIA. – Eso sí... Lo que sea música de verdad.

SEBASTIAN. – Lo malo es que no vamos a encontrar esos títulos en la discoteca... Aquí todos son discos rojos.

BASILIA. – Con razón. Ya sospechaba yo... Para mí los rojos ni en pintura. ¡Y para Donato menos!

SEBASTIAN. – Quitémoslo entonces.

BASILIA. – ¡Ay, sí! (*Va a quitarlo y lo raya*).

(*Entra JORGE*).

JORGE. – ¿Se rayó el disco?

SEBASTIAN. – Sí... el de Chopin.

JORGE. – (*Alarmado*). ¡El de Chopin!

BASILIA. – ¿Era ajeno?... ¡Ay, qué hago yo!... ¡Qué penal!... Pero fue sin querer.

SEBASTIAN. – Como siga usted tratando así a los rojos, inutiliza el aparato.

BASILIA. – Pero no fue nada... A lo sumo queda como uno que teníamos en mi casa, que se volvió divertidísimo... Repetía y repetía la misma frase... Me estás matando, me estás matando, me estás matando (*carcajada*)...

SEBASTIAN. – Y en mi casa había otro que decía: maldita sea, maldita sea, maldita sea... ¿No es cierto, Jorge?

BASILIA. – Eh, no se preocupe, Jorgito... Cuando venga por su disco el señor Chopán, yo me encargo de entregárselo bien envuelto... ¿Le traigo su desayuno?... Se lo voy a servir yo misma, para que no diga que las suegras son malas.

JORGE. – No hay necesidad.

BASILIA. – Espere ahí, con don Sebastián...

(*Sale BASILIA riendo*).

SEBASTIAN. – (*Suelta a reír*).

JORGE. – ¿De que te ríes?

SEBASTIAN. – De ti, hombre... Vengo todos los días desde temprano a reírme. No hay como las diversiones folclóricas.

JORGE. – No creo que esto sea motivo de hilaridad.

SEBASTIAN. – ¡Claro que sí, hombre! Querías una suegra, y ahí la tienes. Ahora sólo falta que se la lleves a tu mamá, que se pasa de culta y estirada, a ver si es cierto que los extremos se tocan... Y te agarra un corto circuito.

JORGE. – Francamente, estoy entre la espada y la pared. No sé qué hacer.

SEBASTIAN. – Yo en cambio, a pesar de mis años y mi experiencia, he sacado de tu conflicto las más sabias enseñanzas. Ante todo, admírate. Después de tantos años de cesantía, pedí un puesto público.

JORGE. – ¿Tú?

SEBASTIAN. – Y me lo dieron.

JORGE. – ¿En dónde?

SEBASTIAN. – En el servicio de inteligencia.

JORGE. – ¿Sigues bromeando?

SEBASTIAN. – (*Mostrándole un sobre*). ¡Mira!

JORGE. – En fin, allá tú... Pero... no comprendo qué tiene que ver lo uno con lo otro.

SEBASTIAN. – Si esa gente se te metió aquí, es porque había alcobas desocupadas... Y si hombres como tu cuñado consiguen ciertos cargos, es porque no se los ha ido a disputar la gente decente.

JORGE. – Quizá tengas razón...

SEBASTIAN. – Y no creas que me estoy ganando el sueldo de balde... Por lo pronto he levantado, respecto a tu familia política, los más interesantes datos genealógicos... El padre de Donato era un pistolero furibundo, de esos que medran en política cuando triunfa un partido, y lo aprovechan para desfogar sus malos instintos. En sus mocedades, nos atropelló a los conservadores... Ahora el hijo lo imita en sentido contrario.

JORGE. – ¿Y ese era también el padre de Isabel?

SEBASTIAN. – No... El de Isabel era un poeta ingenuo, a quien tu suegra alojó y alimentó en días difíciles... Siempre ha hecho ella algo por la cultura... Al menos hasta el día en que cambió al poeta por el padre de Ninfa, que era conductor de un camión y de una cuadrilla de rateros...

JORGE. – No se nos irá a presentar también él aquí...

SEBASTIAN. – Tranquilízate... Hace cinco años, yendo en estado de embriaguez, atropelló a una monja; y no contento con atropellarla, le quitó la mochilada de limosnas... Tratando de huir, llegó su audacia hasta quitarle las placas a un motociclista... Al fin lo agarró la justicia, y ahora está veraneando en la colonia de Araracuara, mientras lo saca de ahí el abogado penalista...

JORGE. – ¿Entonces todas estas gentes?...

SEBASTIAN. – Todas ellas llevan el apellido Chuliván, que es el de la madre, y el de la abuela, y el de la madre de la abuela... Y así sucesivamente hasta... Yo creo que hasta aquellos días en que Caín mató a Abel por envidia de su virtud.

JORGE. – ¡Eso es horrible! Isabel ha debido contármelo todo; o al menos negarse a que yo le diera mi nombre.

SEBASTIAN. – Tampoco exageres. Piensa más bien que todos venimos de Caín y de sus hermanitas, que tampoco debían ser muy distinguidas.

JORGE. – Tengo un desconcierto tal que...

SEBASTIAN. – Se nos vino esa dama... Te dejo con ella y con tu desconcierto.

JORGE. – ¿A dónde vas?

SEBASTIAN. – A adelantar mis investigaciones... Estoy repasando historia... Las conquistas de Alejandro, las de César, las irrupciones bárbaras, la invasión arábiga, el descubrimiento de América... Todos esos hechos que en el fondo no son sino la intromisión de aventureros en casa ajena... Verás que algo saco en limpio para tu provecho...

(Sale SEBASTIAN y entra BASILIA con la bandeja del desayuno).

BASILIA. – Aquí está, aquí está... Siéntese ahí... Que se me derrama... Yo le pongo el azúcar... Uno, dos, tres...

JORGE. – Basta... Uno nada más.

BASILIA. – Se me fue la mano (**carcajada**)... En fin, rebolla a su gusto... Y en tanto cuénteme: ¿Cuánto hace que viven aquí?

JORGE. – Desde que nos casamos.

BASILIA. – Y la casa es propia, ¿no?

JORGE. – Así parece.

BASILIA. – ¿Y cuánto le costó?

JORGE. – No recuerdo.

BASILIA. – Puede que así sea. Con tanta plata, comprar una casa de estas será para usted como arrancarse un pelo de la cabeza... Tendrá su millón de pesos, por lo menos.... (**Le golpea el hombro y le derrama el café**).

JORGE. – No tanto... (**Suelta la taza**).

BASILIA. – ¡Se lo derramé, qué bruta soy!... Pero sí tendrá sus seiscientos mil... o sus ochocientos mil...

JORGE. – Yo mismo no sé...

BASILIA. – ¡No irá a saber!... (**Le golpea la rodilla**). Cuente, hombre, que no le van a quitar nada, ni se lo van a soplar a nadie... ¿Pero no se desayuna?

JORGE. – No me trajeron pan.

BASILIA. – ¡Pero qué mujer esa!

JORGE,- ¡Concha!

(*Entra CONCHA*).

CONCHA. – ¿Qué desea, don Jorge?

BASILIA. – ¡El pan!

CONCHA. – Lo puse ahí... Se lo debió de comer el otro señor.

BASILIA. – ¿Donato?... ¿Y por qué no le llevó el desayuno, como ordené?

CONCHA. – Porque él prefirió ir a tomárselo a la cocina... Como no quiere salir de ahí...

JORGE. – (*Con agria ironía*). Si eso le divierte...

BASILIA. – ¿Qué hace el pobre, si usted lo deja aguantar hasta estas horas?... ¡Es que no he visto mujer más inútil!

JORGE. – Sírveme a mí en el comedor...

CONCHA. – (*Retirando la bandeja*). Si señor.

(*Sale CONCHA*).

JORGE. – (*Trata de hacer mutis*).

BASILIA. – Pero óigame. Acabemos de hablar. ¿En qué ha ganado usted tanta plata?... ¿La heredó o la ganó?... Tuvo que ser heredada; porque, ¿quién levanta hoy una fortuna con su trabajo?

JORGE. – De todo un poco... Con su permiso.

BASILIA. – Deje esa reserva, que nada le vamos a sonsacar... Cómo se ve que esa niña, con el carácter que tiene, lo está volviendo de mal genio.

(*Entra DONATO*).

DONATO. – (*Masticando*). ¡Hola, cuñado!

JORGE. – Buenos días... Perdón... (*Trata de irse otra vez*).

DONATO. – (*Sujetándolo bruscamente*). ¡Ven acá, hombre! ¿Por qué me sacas el cuerpo?

JORGE. – No, eso no...

BASILIA. – (*Carcajeándose*). Como que tú sí lo sabes manejar... Duro con él a ver si se anima, porque está más insípido...

DONATO. – (*Brusco*). ¿O es que te fastidio?... Porque si te fastidio, no hay más que hablar... Decirlo de una vez.

JORGE. – No, no...

DONATO. – Vine aquí creyendo que podía sentirme como en mi casa; pero si me dan a entender que no es así... Me sobran sitios donde yo levanto la voz y todos se callan... Y hay del que chiste...

JORGE. – No digas necedades...

DONATO. – Acéptame un trago entonces.

JORGE. – ¿Tan de mañana?

BASILIA. – A él le gusta a todas horas (**carcajada**).

DONATO. – ¿Quién ha dicho que hay horas especiales para eso?... Yo bebo cuando me da la sed... y donde me dé... y con quien yo invite... ¿O es que no quieres tomar conmigo?

JORGE. – Pues... en ayunas, no me convence.

BASILIA. – ¿Para qué lo obligas?

DONATO. – Concha: el whisky y dos vasos.

JORGE. – Concha...

(**Entra CONCHA**).

CONCHA. – Ya está servido el desayuno.

JORGE. – Que le traigas whisky.

CONCHA. – No hay.

JORGE. – ¿Por qué no hay?

CONCHA. – El señor se llevó anoche para la calle la botella que había en el bar.

DONATO. – ¿No pueden sacar otra?... ¿O es demasiada exigencia?... En ese caso yo la pago.

BASILIA. – Si. Es mejor que la pagues tú, a ver si así no te la echan en cara.

(**Entra ISABEL**).

ISABEL. – ¿Qué es lo que quieren?

JORGE. – (**Sarcástico**). Whisky...

ISABEL. – (**Sorprendida**). ¿Tú... y a estas horas?

JORGE. – Tu hermano...

ISABEL. – ¡Donato!

DONATO. – ¿Y qué?... ¿Es delito?

ISABEL. – Creo que, al menos aquí, debieras moderarte.

CONCHA. – ¿No lo traigo entonces?

ISABEL. – No.

BASILIA. – No... No lo traiga... Podrían arruinarse.

DONATO. – Si eso quiere decir que sobramos aquí, lo hemos entendido.

BASILIA. – Si por ella fuera, ya estaríamos lejos.

DONATO. – Siempre ha sido así el angelito. Quien no la conozca que la compre... Te sacaste la lotería, cuñado... Y eso que ignoras muchas cosas... Pero yo te pondré al corriente.

ISABEL. – ¡Basta de impertinencias, Donato!

BASILIA. – ¡No tienes por qué hablarle así a tu hermano mayor!

DONATO. – ¡Como le gusta tanto el escándalo!... Tiene que hacer escándalo aunque sea por eso: por un infeliz trago de aguardiente...

BASILIA. – Verdaderamente...

DONATO. – No merece ni que le discutan... Hasta luego...

BASILIA. – Sí... Es lo mejor...

(*Salen BASILIA hacia dentro y DONATO hacia la calle*).

ISABEL. – Me apenan estas cosas.

JORGE. – (*Insincero*). No tienen importancia.

ISABEL. – Abusan de tu bondad y tu educación.

JORGE. – ¡Qué remedio!

ISABEL. – ¿Vas a vestirte ya?

JORGE. – Será.

ISABEL. – Concha: un vestido para Jorge.

(*Entra CONCHA*).

CONCHA. – ¿Cuál le saco?

ISABEL. – ¿El gris?

CONCHA. – ¿El gris?... ¡Si viera cómo está!

ISABEL. – ¿Por qué?

CONCHA. – Se lo puso ayer don Donato y lo manchó todo... Antes hoy tuve que echarle llave al closet, porque quería sacar otro. Y furioso porque no lo dejé.

ISABEL. – ¡Me exasperan esos abusos!

CONCHA. – Esculcó todos los bolsillos y se llevó unos billetes.

ISABEL. – ¿.También?

CONCHA. – Sí, señora... Y echó a quemar todas las corbatas rojas, diciendo que agradecieran que nadie las tenía puestas.

ISABEL. – ¡Es el colmo! ¿Qué hago yo?

JORGE. – No hagas nada... Dame cualquier vestido... El que esté a la mano. Y que me pongan jabón y toalla en el baño, porque creo que también se los llevaron... ¡Delicioso!

CONCHA. – Se le enfriá el desayuno.

JORGE. – Llévatelo... Ya no tengo apetito.

(Sale CONCHA).

ISABEL. – Se me cae la cara de vergüenza contigo; pero la culpa no es mía.

JORGE. – Ya sé que es mía.

ISABEL. – ¿Los llamé acaso?

JORGE. – Bien sé que no.

ISABEL. – ¿Por qué te disgustas conmigo entonces?

JORGE. – ¿Para qué hablamos de eso?... Déjame tranquilo.

ISABEL. – ¿Ya no me quieres?

JORGE. – Déjate de majaderías.

ISABEL. – ¿Quieres que los eche de aquí ahora mismo?

JORGE. – ¡Absurdo! ¿Cómo vas a echar de tu casa a tu madre?

ISABEL. – Nada me contiene cuando está de por medio tu tranquilidad.

JORGE. – Nada me intranquilizaría tanto como pensar que has cometido una vulgaridad o una mala acción.

ISABEL. – ¿.Pero acaso los ha invitado nadie a vivir aquí?

JORGE. – Le di hospitalidad a tu hermana.

ISABEL. – Por uno o dos días... ¡Y ya van ocho!

JORGE. – Debo ser consecuente, sin embargo... Además, ¿a dónde iría esa pobre mujer?... Por espantosa que sea esta situación, tenemos que soportarla hasta encontrar una solución decorosa. Al menos, hasta que logre yo encontrar al marido de Ninfa, lo haga entrar en razón y se la entregue.

ISABEL. – Pero no te enerves entonces. No me tortures.

JORGE. – Eres tú quien me está torturando.

ISABEL. – ¡Qué injusticia! (Llora).

JORGE. – Era lo que faltaba, para completar.

ISABEL. – Perdóname... Talvez tengas razón ahora en odiarme.

JORGE. – ¡No exageres!

ISABEL. – Comprendo que no he debido casarme contigo. Pero te quería tanto; y al mismo tiempo no me resignaba a dejar de ser una mujer digna... Creí que podía ocultarte la verdad de mi vida... Una verdad de la que no tengo la culpa, y de la que me he defendido en toda forma.

JORGE. – No lo pongo en duda...

ISABEL. – Nací muy distinta de todos ellos, y me lo han cobrado bien caro. Tuve que educarme por mi propio esfuerzo, contra ellos mismos, que me explotaban y humillaban en toda forma... Llegaron hasta echarme de la casa cuando, por el mismo empeño que puse siempre en ser una mujer digna, me quedé sin trabajo y no pude ayudarles... Quise entonces borrarlos de mi vida; pero ellos tenían que perseguirme ahora como una maldición.

JORGE. – No llores más, te lo ruego... Estoy ya bastante amargado.

ISABEL. – Comprendo que ahora ya no ves en mí a la misma de antes... Se rompió tu ilusión y te atormenta la realidad... Ya no verás en mí sino una persona ligada a ellos fatalmente... Aunque se vayan... aunque no los volvamos a ver nunca.

JORGE. – Hay algo de verdad en el fondo; pero hubieras podido evitarlo.

ISABEL. – Sí. Pero aún no es tarde... Enmendaré mi error.

JORGE. – ¿Y ya cómo?

ISABEL. – Borraré en tu vida lo que no pude borrar en la mía.

JORGE. – Ojalá fuera posible...

ISABEL. – Vas a ver que sí... vas a ver que sí...

(**Entra NINFA**).

JORGE. – Escúchame Isabel...

ISABEL. – (**Saliendo**)... Vas a ver que sí...

(**Sale ISABEL**).

NINFA. – ¿Qué sucede?

JORGE. – Está enervada.

NINFA. – ¡Cuándo no! (**Hacia fuera**). ¡Pero Isabel! ¿Por qué lo mortificas así? ¡A un hombre tan bueno!... (**Acariciándole el hombro**). ¡Pobrecito, también y todo!... ¡Qué geniecito, no?... ¡Y así ha sido siempre! Se enfurece por nada y no se le puede ni dirigir la palabra... En fin, la vida es así... ¡Pobre Jorgito!...; ¡Hay que resignarse!... (**Le acaricia la cabeza**). Cómo son las cosas: ella, que nada le falta, que tiene un marido perfecto, no se da cuenta de su buena suerte... Si le hubiera pasado lo que a mí, que estoy viva por milagro... que he soportado hambres, miserias, ultrajes... Si no hubiera sido por usted, Jorgito, no sé qué suerte habríamos corrido mis hijos y yo.

JORGE. – Me alegra haberle podido servir.

NINFA. – ¡Y tanto, que no sabré cómo pagarle!... Y parece mentira que ella, mi hermana, en vez de agradecerle lo que hace usted por nosotros, sólo esté buscando la manera de mortificarlo... No es ni para preguntarle qué necesita... ¿Le preparo el baño?

JORGE. – Gracias... No hay necesidad.

NINFA. – Déjese cuidar... Supiera que soy muy buena ayuda de cámara... ¿Quiere que lo afeite?... (**Le acaricia la barba**). ¡Qué barba tan dura!... ¡Tan de hombre!... (**Peinándolo con los dedos**). Y su cabello es todo lo contrario: tan dócil, y como de seda...

(**Entra ISABEL**).

ISABEL. – (**Enérgica**). ¡Eso no, Ninfa!... ¡Eso no!

NINFA. – ¿Quéquieres decir?

ISABEL. – ¡Tú sabes lo que quiero decir!

NINFA. – ¿Se fija usted, Jorge? Lo que le contaba: ¡siempre la misma!

ISABEL. – El que se te haya recibido aquí generosamente es ya sobrado motivo para que evites tus ligerezas.

NINFA,- ¿Oye usted?... ¿Oye usted?

ISABEL. – Esta vez no he de tolerarlas.

JORGE. – Te desconozco, Isabel.

NINFA. – Tiene que buscar molestia con cualquier pretexto.

ISABEL. – Con cualquier pretexto no. Veo claras tus intenciones.

NINFA. – Sí, está celosa; porque sigue con la idea de que fui yo quien la quitó a Benigno... ¡Imagínese, Jorgito! ¿Qué culpa tengo yo de que un novio de ella se hubiera enamorado de mí?

ISABEL. – ¡Basta de cinismo!

NINFA. – ¿No se lo decía, Jorge?... Dígame: ¿Qué he hecho yo para que me insulte así?... ¡Conózcala, conózcala!

ISABEL. – No te hagas ahora la inocente... ¡Perversa!

NINFA. – ¡Oh! ¡Qué horror!

JORGE. – ¿Has perdido el juicio?

ISABEL. – Admitamos que así sea.

JORGE. – (**A NINFA**). No le haga usted caso. No está en sus cabales.

NINFA. – Ahora es cuando está en sus cabales... cuando muestra el veneno.

ISABEL. – Ojalá pudiera echarte a la cara todo el que llevo dentro, por tu culpa.

JORGE. – ¡Calla, Isabel!

ISABEL. – ¿O es que ella ha logrado otra vez su propósito. ¿Es que le das la razón? ¿Te ha convencido ya?

JORGE. – Lo que importa es darle fin a esta escena vulgar.

NINFA. – ¿Por qué vendría yo aquí? ¿Por qué?

ISABEL. – ¿Por qué no me dejaste ponerla a tiempo en la puerta?

(*Entra BASILIA*).

BASILIA. – ¿Ya están peleando estas niñas? ¡Cuándo no! ¡Siempre ha sido así!

NINFA. – Mamá: ¡Nos está echando!

BASILIA. – ¿Ella?... No me extraña.

ISABEL. – Sí. Yo.

BASILIA. – (*Impasible*). ¿Y qué de raro tiene eso?... No le des importancia... ¿Acaso hemos venido invitadas por ella?... Si por ella fuera, estaríamos lejos de aquí... Debajo de tierra.

ISABEL. – Donde fuera, con tal de no verlos más.

NINFA. – ¡Conózcala, Jorge! ¡Conózcala! ¡Y eso se lo dice a mamá!

BASILIA. – ¡Eh, no le hagamos caso, hijita!... Yo al menos estoy tan acostumbrada a sus rarezas... Además, es Jorge quien nos ha traído aquí; y mientras él no nos diga que estorbamos, lo que nos toca hacer es compadecerlo.

NINFA. – De veras... Pobre Jorge.

ISABEL. – Sí... Nada tendría de raro que comenzara yo a ser aquí nada más que una intrusa.

(*Sale ISABEL*).

BASILIA. – (*A JORGE*). Por fortuna usted la debe conocer ya bastante, y sabe que pronto le pasará el arrebato... Así ha sido siempre.

NINFA. – Vámonos de aquí, mamá.

BASILIA. – ¿Pero para dónde?

NINFA. – A la calle... a dormir en un parque o debajo de un puente... A pedir limosna, si es necesario... Todo, menos seguir recibiendo humillaciones como esta.

JORGE. – Olvidemos el incidente, más bien... Están ustedes en mi casa. Se la he ofrecido y no hay más qué hablar... Tranquilíicense.

BASILIA. – ¡Ave María! ¡Ave María! (*Carcajada*). No se afane, Jorge... Ya verá que dentro de cinco minutos se están besando... y que antes de una hora empezará la nueva discusión... No las conoceré, si las tuve a ambas... Si las amamanté... Si las he soportado toda mi vida... (*Carcajada*). Ven acá, Ninfa... Déjate de majaderías.

NINFA. – Yo me voy de aquí, yo me voy de aquí...

BASILIA. – Sería darle gusto a Isabel... ¡No faltaba más!

(*Salen BASILIA y NINFA*).

JORGE. – ¡Concha!... ¡Concha!

(*Entra CONCHA*).

CONCHA. – ¿Señor?

JORGE. – Voy a pasar fuera de Bogotá el fin de semana.

CONCHA. – ¿Con mi señora?

JORGE. – No... Solo... Pero no se lo digas a nadie.

CONCHA. – Creí que... como ella está haciendo también una maleta...

JORGE. – Pensará salir también... pero en otra dirección.

CONCHA. – Entonces... ¿Quién se queda en la casa?

JORGE. – Por lo pronto, tú... y toda esa gente.

(*CONCHA sale aterrada y SEBASTIAN entra*).

SEBASTIAN. – Esto sigue muy divertido.

JORGE. – ¿Te enteraste?

SEBASTIAN. – ¡Cómo no! Para entrenarme en mi nueva profesión, estoy aprendiendo a oír detrás de las puertas.

JORGE. – Quédate oyendo solo... porque yo me voy.

SEBASTIAN. – Eso sería absurdo.

JORGE. – Es que... si comprendieras mi estado de ánimo...

SEBASTIAN. – Me lo supongo... Es la crisis de todo el que se cree feliz a base de mentiras y hunde de pronto el hocico en la amarga realidad que ha tratado de ignorar... No sólo le sucede a los hombres como tú. También a los reinos que se creen justos y a las repúblicas que se creen democracias.

JORGE. – ¿Qué harías tú en mi caso?

SEBASTIAN. – Ante todo, quedarme aquí, al lado de mi mujer. Los que deben irse son los demás.

JORGE. – ¿Y cómo lograrlo?

SEBASTIAN. – Por lo pronto, yendo al lado de Isabel y formando con ella un frente único para defender tu afecto. Ven acá, conferenciamos los tres y planeamos esa reconquista... Ven, hombre... Ven...

(*Salen JORGE y SEBASTIAN... Entra CONCHA*).

CONCHA. – (*Al teléfono*). ¿Aló?... ¿Con quién?... ¿Me hace el favor y me llama a Natividad Sastoque.... A Natividad, la cocinera... Ah ¿eres tú? Oye, Naty: ¿Todavía necesitan allá sirvienta de adentro?... Diles entonces que me voy por los cien pesos... Si, ala, cinco pesos más o menos no importan. Ahí se levantan de cualquier modo, aunque sea en los mandados... Si, ala. Estoy aquí muy aburrida... Ya te contaré... Entonces voy a inventar cualquier disculpa... Será enfermar a mi mamá... Hasta pronto, pues.

(*Entra DONATO de la calle conduciendo a BENIGNO hombre de treinta y cinco años, de aire tímido y bonachón*).

DONATO. – Entra, hombre; entra... No seas majadero.

BENIGNO. – No sería mejor que...

DONATO. – No, hombre, no... (*A CONCHA*). Dile a Jorge que aquí le traigo al marido de Ninfa.

CONCHA. – ¿También?... Dígaselos usted...

(*Sale CONCHA*).

DONATO. – ¡Insolente!

BENIGNO. – Oye... Déjame ir...

DONATO. – ¡No faltaba más!

BENIGNO. – Dime al menos quién vive aquí.

DONATO. – ¿No lo adivinas?... ¡Tu cuñada!... ¡Isabel!

BENIGNO. – ¿Isabel?... No quiero verme con ella por ningún motivo.

DONATO. – ¿Por qué no?... Lo pasado pasado... Podrías hasta felicitarla por no haberse casado contigo... Porque mal marido si eres... Hablando con toda franqueza.

BENIGNO. – Eso es lo que todos creen.

DONATO. – ¡Isabel!... ¡Isabel!

BENIGNO. – Decididamente, me voy.

DONATO. – ¿Vas a escurrir el bulto sabiendo que aquí están tu mujer, tus hijos, tu suegra y tu cuñado recibiendo toda clase de atenciones, sin haberlas podido todavía corresponder?...

BENIGNO. – Es cierto... ¿Qué se te ocurre que hagamos?

DONATO. – ¿Cuánto tienes ahí?

BENIGNO. – Toma... (*Le da dinero*).

DONATO. – ¡Isabel!... ¡Isabel!

(*Entra ISABEL*).

ISABEL. – (*Sorprendida*). ¡Qué!... ¿También usted aquí?

DONATO. – Lo he traído yo.

BENIGNO. – (**Cohibido**). Perdón, Isabel...

ISABEL. – ¿Que deseaba?...

BENIGNO. – Ante todo, darle a usted las gracias... Luego, si es posible, ver a los niños.

DONATO. – Voy a traértelos... aunque la otra proteste.

BENIGNO. – No quisiera disgustos aquí... Más bien vuelvo en otra ocasión...

DONATO. – Déjate de sandeces... Lo que ha de empeñarse que se venda... Y si ha de haber careo, que venga de una vez.

(Sale DONATO).

BENIGNO. – Tendrás de mí la peor idea, Isabel.

ISABEL. – No tan mala como pudieras suponer.

BENIGNO. – Créeme que esto es para mí un castigo... Y que si en este momento me propongo transigir... y hasta perdonar, no es sólo por mis hijos... Es por ti también.

ISABEL. – ¿Por mí?... No entiendo.

BENIGNO. – No te diste cuenta de lo que ocurrió cuando éramos novios, Isabel... Yo te quería.

ISABEL. – Todo cabe en lo posible.

BENIGNO. – Pero ella me acosó hasta el último extremo... Me aturdió... Me cegó... Cuando me fugué con ella, dejándote burlada, no me quedaba ya otro camino... Cumplía con un deber, ¿me entiendes?

ISABEL. – Entiendo muy bien.

BENIGNO. – Aquello tuvo más de sacrificio que de aventura... Y fue tanta mi desilusión, que me entregué a la bebida... Y después tanta mi desesperación, que la atacaba a puntapiés con el deseo de que mis hijos no nacieran... ¡Y por ellos he tenido que tolerar después tantas cosas!...

ISABEL. – Me lo imagino...

BENIGNO. – ¡Qué noble eres, después de todo en recibirla aquí!

ISABEL. – No fui yo... Llegó de sorpresa y se quedó abusivamente, contra mi voluntad.

BENIGNO. – No has debido permitírselo.

ISABEL. – Jorge se empeñó.

BENIGNO. – ¿Tu marido?... ¿Y por qué?

ISABEL. – No sé si por nobleza o por capricho.

BENIGNO. – Sea nobleza o sea capricho, témeles, Isabel... ¡Sé lo que te digo!... No la dejes permanecer aquí más tiempo.

(Entra JORGE).

JORGE. – ¿Señor?

ISABEL. – Es el marido de Ninfa.

JORGE. – ¡Ah!... Me agrada mucho que haya venido... Llevo varios días tratando de localizarlo... Siéntese usted.

BENIGNO. – Gracias... No deseo molestar.

JORGE. – ¿Quieres dejarnos solos, Isabel?

ISABEL. – Sí.

(Sale ISABEL).

JORGE. – ¿Qué le pasa a usted, hombre de Dios?

BENIGNO. – Lo peor que puede ocurrirle a un hombre.

JORGE. – No hable con tanto pesimismo. Y permítame que, como amigo, intervenga en su problema... Mejor dicho: como ya intervine...

BENIGNO. – Y le estoy muy agradecido por su generosidad.

JORGE. – Créame que estoy ansioso de ayudarle para que resolvamos este conflicto favorablemente.

BENIGNO. – Ojalá fuera posible.

JORGE. – Hablemos con toda franqueza.

BENIGNO. – Estoy dispuesto.

JORGE. – ¿No quiere usted ya a Ninfa?

BENIGNO. – Nunca la he querido.

JORGE. – ¿Por qué se casó con ella entonces?

BENIGNO. – Por nobleza.

JORGE. – Haga usted uso ahora de esa misma nobleza, y defienda su hogar.

BENIGNO. – Comience usted por defender el suyo... No tenga a Ninfa un momento más en su casa.

JORGE. – ¿Qué otra cosa puedo hacer, hombre?... ¿Acaso no intentó usted matarla?

BENIGNO. – Auténtico. No sólo una, sino varias veces.

JORGE. – Demasiada franqueza ya...

BENIGNO. – ¡Y si la hubiera matado, me habrían absuelto!... ¿Sabe usted por qué no lo hice?... Porque estaba borracho... y en medio de la embriaguez y la ira, alcancé a comprender que, si la mataba hallándome en ese estado, me condenarían las apariencias, y mis hijos me recordarían como a un criminal.

JORGE. – ¿Tan grave es su situación?...

BENIGNO. – Vine sin saber que era usted quien le había dado hospitalidad, y pensaba llevarme a mis hijos. Ahora, para tranquilidad de usted y de Isabel, me llevaré también esa mujer de aquí, de grado o por fuerza.

(*Entra NINFA*).

NINFA. – El que sale de aquí ahora mismo eres tú, miserable.

JORGE. – Calma, Ninfa... Escúcheme.

BENIGNO. – Sí... Pero vienes conmigo.

NINFA. – ¿Por la fuerza?

BENIGNO. – Si es necesario.

NINFA. – ¡Inténtalo!

JORGE. – Ninfa: le pido sensatez... Si reconoce que soy su amigo y que tengo empeño en resolver su problema, complázcame... serénese... Trate de llegar a un acuerdo cordial con su marido, en bien de esas criaturas.

NINFA. – ¿Es una exigencia?

JORGE. – Un favor que le pido.

NINFA. – Lo veo difícil.

JORGE. – Los dejo solos... confiando en que han de llegar a un acuerdo; si no por ustedes, por sus hijos.

(*Sale JORGE*).

NINFA. – ¿Qué es lo que pretendes?

BENIGNO. – Que regreses a tu casa.

NINFA. – Eso nunca.

BENIGNO. – No vengo a discutir, Ninfa, sino a proceder. Como tu marido, no permito que permanezcas más tiempo aquí. Por las buenas, te pido que salgas. Si no accedes...

NINFA. – ¿Qué?

BENIGNO. – Tendrás que hacerlo de todos modos.

NINFA. – ¿Otra vez me amenazas?

BENIGNO. – Pero en mi sano juicio. La justicia estará de mi parte. Me entregará los hijos; me autorizará a proceder contra ti.

NINFA. – No me asustas.

BENIGNO. – No pretendo asustarte, sino hacerte entrar en razón.

NINFA. – Atácame, y sabré defenderme. Antes que entregarte a mis hijos los mataré... Ahora mismo si quieres... Vas a convencerte.

BENIGNO. – (**Sujetándola**). ¡Ninfa! ¿Qué dices?

NINFA. – ¡Ay!... ¡Socorro!... ¡Que me mata!... ¡Que me mata este hombre!

BENIGNO. – (**Tapándole la boca**). ¡Cállate, víbora!

NINFA. – ¡Socorro!... ¡Jorge!... ¡Mamá!

(**Entra BASILIA**).

BASILIA. – ¡Es el colmo! ¿Cómo se atreve usted a venir también aquí a armar escándalo?

NINFA. – Mamá: ¡Trató de ahorcarme!

BENIGNO. – Eso es falso.

NINFA. – Sí... Mírale las manos.

BASILIA. – ¡Cobarde!... Pero no crea que ahora está sola... ¡Donato! ¡Donato!

(**Entra DONATO**).

DONATO. – ¡Dejen ese alboroto!

BASILIA. – Saca ese hombre de aquí.

DONATO. – ¡Pero si yo mismo lo traje!

NINFA. – ¿Y a usted quién lo mete en lo que no le importa?

DONATO. – ¿Y usted quién es para hacerme reclamos?

BASILIA. – ¿Para eso eres autoridad? ¿Para que ayudes a atropellar a tu propia familia?

NINFA. – ¡Claro! ¡Está con él, porque como siempre se emborrachan juntos, y juntos viven cometiendo atropellos!

DONATO. – (**Esgrimiendo el arma**). ¡Silencio o disparo!

NINFA. – Dispara, cobarde, asesino... No será la primera vez que matas por capricho.

BASILIA. – ¡Cómo te atreves a hablarle así a tu hermano!

BENIGNO. – ¡Por favor! ¡Respeten esta casa!

DONATO. – ¡A mi nadie me manda!

BASILIA. – Hasta razón tendría Benigno cuando te molgó a golpes.

NINFA. – Si así fuera, tú me diste el ejemplo.

BASILIA. – ¡Cállate, o te rompo la boca!

DONATO. – Rómpesela, si... o se la rompo yo de un tiro.

BENIGNO. – Dame esa arma, Donato...

NINFA. – (**Sacando un puñal**). ¿Cuál es el que se atreve a tocarme?... ¿Cuál es?...

DONATO. – Voy a contestarte...

BENIGNO. – (**Forcejeando**). ¡Que sueltes esa arma!

(**Entra MARILUZ, una muchacha veintiañera, muy distinguida, suave y risueña**).

MARILUZ. – ¡Oh, perdón!... Me equivoqué de puerta.

(**La riña tiene un receso repentino**).

DONATO. – (**Yendo a ella cínicamente**). Pero llega a tiempo, señorita...

MARILUZ. – Excúseme... Buscaba la casa de mi familia... Creí que era aquí... Vi mal el número talvez... Entré en puntas de pie para sorprenderlos y... Les he interrumpido a ustedes...

BASILIA. – Usted perdone; ¡pero es que estos muchachos son tan escandalosos!...

MARILUZ. – Perdónenme que les pregunte ¿Cuál es entonces la casa de Jorge de Mocra?

BASILIA. – Aquí es, señorita.

MARILUZ. – (**Sorprendida, mirándolos a todos**). ¿Aquí?

BASILIA. – Soy su suegra... Y este es mi hijo... y esta mi hija... y este mi yerno... (**Carcajada**). Se exaltan a veces, pero le pasa el arrebato.

MARILUZ. – Perdonen ustedes que les haya interrumpido... Les ruego decirle a Jorge que estuvo aquí su hermana Mariluz... Que lamenté no poder demorarme...

BASILIA. – Pero si ellos están aquí... Voy a llamarlos...

MARILUZ. – No, no...

(**Aparece SEBASTIAN**).

SEBASTIAN. – ¿Cómo?... ¿Tú, Mariluz?

MARILUZ. – ¡Tío Sebastián!

SEBASTIAN. – ¿Y te ibas?

MARILUZ. – Acompáñame.

SEBASTIAN. – No te precipites... Ni te asustes... Ya los señores, según veo, levantaron la sesión.

BASILIA. – Ven, Ninfa... Ven, Donato... Venga, Benigno... Dejémoslos tranquilos...

(**La familia CHULIVÁN se retira desconcertada, dejando solos a MARILUZ y SEBASTIÁN**).

MARILUZ. – No quiero esperarme aquí un minuto más, tío... Este engaño es imperdonable.

SEBASTIAN. – ¿Cuál, hija?

MARILUZ. – Jorge me aseguró que vivía solo con su esposa, que ella no tenía familia, que había salido de una concha...

SEBASTIAN. – ¡Y qué concha la de esa señora!

MARILUZ. – ¿Por qué me mintió de esa manera?... Piensa, tío, que por haberme puesta de parte suya, tuve una molestia terrible con los de la casa. Tanto, que resolví venir a buscarlo... ¡Y todo para esto!

SEBASTIAN. – Jorge no te ha mentido Mariluz. Esta gente le cayó encima de pronto como un asalto en despoblado.

MARILUZ. – ¿Y viven aquí?

SEBASTIAN. – Por el momento.

MARILUZ. – Razón de más para que me vaya.

SEBASTIAN. – Razón de más para que te quedes.

MARILUZ. – ¿Cómo se te ocurre?

SEBASTIAN. – Hay que salvar a Jorge. Y llegas en el momento preciso para hacerlo.

MARILUZ. – ¿Y él dónde está?... ¿Dónde está su mujer?... ¿Es la que acabo de conocer?

SEBASTIAN. – No, no, no... Los tengo a ambos allá arriba jugando ajedrez bajo llave.

MARILUZ. – ¿Y por qué bajo llave?

SEBASTIAN. – Para que no interviniieran en el debate que acabas de presenciar... Para que ese debate fuera... Homogéneo.

MARILUZ. – No entiendo nada.

SEBASTIAN. – Pronto entenderás todo, punto por punto... ¡Concha!

(**Entra CONCHA**).

CONCHA. – ¿Señor?

SEBASTIAN. – Abre la puerta del estudio y dile a Jorge que venga; que le tengo una gran noticia.

CONCHA. – Sí señor.

(**Sale CONCHA**).

MARILUZ. – ¿Y tú pretendes que me roce con esa clase de gente?

SEBASTIAN. – Pretendo que entres aquí, Mariluz, como la luz donde hay sombras medrosas... ¡Y que ayudes a disiparlas!

(**Entra JORGE**).

JORGE. – ¡Mariluz!

MARILUZ. – ¡Jorge!

JORGE. – Escúchame: es preciso que sepas que...

SEBASTIAN. – No le digas nada. Está ya más informada que tú... Pero te quiere tanto, que ya es mi aliada.

JORGE. – ¡Isabel!... ¡Isabel!... ¡Ven acá!

(Aparece ISABEL).

ISABEL. – ¿Quéquieres?

JORGE. – ¡Mira quién ha llegado!... ¡Mi hermana Mariluz!

ISABEL. – (*Muy turbada*). Mucho... Mucho gus... (*Temblorosa va a dar la mano; pero vacila y rompe a llorar*). ¡Qué vergüenza, Jorge!... ¡Qué vergüenza! (*Pone la cabeza en el muro, sollozando*).

MARILUZ. – (*Acerándosele lentamente*). ¿Vergüenza por qué, Isabel?... Sé que usted lo quiere mucho, y eso me basta para que yo me sienta alegre y satisfecha en su casa... ¡Un abrazo, Isabel!

JORGE. – (*Abrazando a MARILUZ*). ¡Mariluz!

MARILUZ. – Díganme dónde puedo instalarme.

SEBASTIAN. – ¡Así se hace, Mariluz!... ¡Así se hace!

TELON

TERCER ACTO

La misma decoración otra vez con aliño.

(CONCHAatraviesa la escena en traje de calle, en puntas de pie y con un maletín. A su encuentro salen SEBASTIAN y MARILUZ).

MARILUZ. – ¿A dónde vas, Concha?

CONCHA. – A la calle... a un mandado.

SEBASTIAN. – ¿Y ese maletín?...

CONCHA. – Es que... es que... les diré francamente.

MARILUZ. – ¡Te ibas de la casa a escondidas!

CONCHA. – Es que... señorita... me llamaron a avisarme... (*Llorando*). que mi mamá se estaba muriendo... y como mi otra hermana es tan mala con ella... que otra vez que le dio el mismo ataque no fue ni para alcanzarle un vaso de agua...

SEBASTIAN. – No es razón para que te escapes en esa forma; como si el delito fuera tuyo.

CONCHA. – Me daba pena despedirme de mi señora Isabel... y de la señorita... Pero si quieren esculcar el maletín, pueden hacerlo, para que vean que no llevo sino cosas más... Y lo mismo pueden hacer con el baúl.

MARILUZ. – (*Quitándole el maletín*). Tú no me dejas aquí sola por ningún motivo.

CONCHA. – Pero es que... Va y se muere mi mamá...

SEBASTIAN. – Si se muere, me comprometo a buscarte otra. Supongo que en eso no serás muy exigente.

CONCHA. – (*Riendo entre lágrimas*). ¡Ay, don Sebastián! ¡Qué ocurrencia!... Les digo la verdad entonces... Es que... yo sola para servirle a tanta gente...

MARILUZ. – ¿Lo dices por mí?

CONCHA. – A usted de rodillas le sirvo, señorita.

SEBASTIAN. – Me iré yo entonces...

CONCHA. – ¡Ay, don Sebastián!

SEBASTIAN. – Me voy a la cama, si lo que necesitas es atender el lecho de un enfermo.

CONCHA. – Me refiero a esa gente... a la familia de la señora.

SEBASTIAN. – ¿Ese es el motivo de la fuga?... ¡No faltaba más!... No sólo te quedas aquí, como se quedó Mariluz, como me vine a vivir yo también, sino que te traes a la señora o a la sirvienta que te están sonsacando... Estoy resuelto a conseguir más gente.

CONCHA. – ¿Más todavía?

SEBASTIAN. – Toda la que se necesite para que esto estalle... Si no encuentro más miembros de familia, invito a veranear aquí a la reina de la belleza, a la del mar, a la del aire... Y hasta a la misma Liga de la Decencia y a la honorable Junta de Censura.

MARILUZ. – Déjate de bobadas. Ve a guardar el maletín y a ponerte otra vez el delantal.

SEBASTIAN. – ¡Si. Prohibido desertar en esta batalla!... ¡A tu oficio!... Y si alguien pregunta por mí, que pase en seguida... ¡Sea quien sea!

(Sale CONCHA).

SEBASTIAN. – Por lo demás, ¿qué tal noche pasaste?

MARILUZ. – No del todo buena.

SEBASTIAN. – En cambio Isabel y Jorge no han despertado... Los tengo a tratamiento de bromuros, porque ya no valen los buenos consejos.

MARILUZ. – Me trasnoché pensando que ya llevamos tres días aquí, y que tus cálculos siguen fallando. Esa gente está cada hora más dueña del campo.

SEBASTIAN. – En apariencia.

MARILUZ. – Además, el borrachín ese ha resuelto hacerme la corte... ¡Y con qué descaro y vulgaridad!... Hasta política pone en el asedio, y me llama «su adorada copartidaria»...

SEBASTIAN. – Mientras no te enamores de él, eso ayuda a mi plan.

MARILUZ. – Lo peor es que en tanto, todos los días se me pierde algo. Ayer, un reloj de pulsera. Antes de ayer, unos aretes.

SEBASTIAN. – También se perdieron los que le enviaste a Isabel. Y eso es lo que la tiene más contrariada.

MARILUZ. – ¡Los de mi abuela!

SEBASTIAN. – Pero no te des por entendida, ni te afanes; que estoy en la pista y sé a dónde han ido a parar. Todo será recuperado.

MARILUZ. – Hay algo más grave. Me pareció que hoy en la madrugada trataban de abrir la puerta de mi alcoba.

SEBASTIAN. – Quien sabe qué más te querrían robar.

MARILUZ. – Por fortuna había echado llave.

SEBASTIAN. – Sigue echándole llave a todo lo que corra peligro.

(*Entra BASILIA, ataviada con cursilería*).

BASILIA. – ¡Concha!... ¡Concha!... ¿Dónde estará esa imbécil, esa estúpida?

SEBASTIAN. – Señora: beso su mano... y a los pies de usted.

MARILUZ. – ¿Qué deseaba, señora?... Yo puedo atenderla...

BASILIA. – ¡Cómo se le ocurre!... ¡Tan buena usted!... ¡Razón tiene Donato en estar encantado!... Anoche me decía que, con una mujer como usted, él sí se casaba (**carcajada**).

SEBASTIAN. – ¡Un honor para nuestra familia!

BASILIA. – Ustedes son de Popayán, ¿no?

MARILUZ. – Si, señora; de la capital del Cauca, que está a dos mil metros sobre el nivel del mar, con diecisiete grados de temperatura media y al pie del Puracé...

SEBASTIAN. – Que de cuando en cuando echa lava, ceniza y materias inflamables; pero ese no sería obstáculo para que nos pusierámos de acuerdo.

MARILUZ. – Tiene más de cuarenta mil habitantes, entre los cuales nos contamos mi mamá, mis hermanas, mis tíos y tías, doscientos primos, otros mil parientes, dos mil estudiantes, las autoridades municipales, el ejército en perfecto acuerdo con la policía, y la estatua de Guillermo Valencia.

SEBASTIAN. – Además muchas placas conmemorativas, muchos nobles arruinados; y en lo alto de la colina una piedrecita que dice: líbranos señor del comején...

BASILIA. – Pero... Pero... ¡Ustedes no estarán entre los arruinados! (**Carcajada**).

MARILUZ. – No, por fortuna.

SEBASTIAN. – A esta muchacha le tocan como diez millones en el reparto. Es auténtica oligarca.

MARILUZ. – Pero le doy muy poca importancia al dinero... Sueño con casarme pronto para que el marido me administre los bienes a su capricho.

SEBASTIAN. – Sí... A ella lo único que le preocupa es la heráldica y la genealogía...

BASILIA. – (**Desorientada**). Ah...

MARILUZ. – ¡Ah, eso sí! Me fascina averiguar quienes fueron mis abuelos, y conozco varios siglos de generaciones... Piense usted que mi padre, Martín de Mocra, descendía de los condes de Mocra, parientes del emperador Carlos Quinto.

SEBASTIAN. – Y emparentado con Pericles, el fundador de la democracia ateniense.

MARILUZ. – Papá se casó con mamá...

SEBASTIAN. – Sí, señora... Aunque usted no lo crea...

BASILIA. – ¡Cómo no voy a creerlo!...

MARILUZ. – Mamá era hija del marqués de Casa de Palo, primo del rey de Italia.

SEBASTIAN. – Que a más de la sangre de esos Palos, entroncaba con los de Portugal, a través de la rama de Yerbabuena y la de Matarratón.

MARILUZ. – ¡Auténtico!

SEBASTIAN. – Y así podríamos seguir citándole nombres ilustres, que vienen de mucho más allá de la conquista de América, cuando los de Palo construyeron en Popayán nuestra primera casa...

MARILUZ. – La primera fue de pura paja; pero la segunda fue de piedra, y ahí vivimos todavía... Por eso mi familia es tan orgullosa y desprecia a toda persona cuyos ascendientes no se hayan puesto botines por lo menos en tres generaciones.

BASILIA. – Pues, a juzgar por ustedes, no creo que sea así...

SEBASTIAN. – Ande usted con cuidado... Las apariencias engañan.

MARILUZ. – Además, ustedes son ya de los nuestros.

SEBASTIAN. – Y de noble prosapia, a juzgar por las noticias que tenemos de su mamá... ¿Cómo era el nombre de ella?

BASILIA. – (**Turbada**). ¿El de mi mamá?... Domitila.

MARILUZ. – ¿Domitila qué?

BASILIA. – Mmm... Lo mismo que yo... Chuliván.

MARILUZ. – ¿El mismo apellido de su papá?... ¡Porque usted también es Chuliván!...

BASILIA. – (**Muy incómoda**). Pues... ¿me permiten un momento?

SEBASTIAN. – Es que la nobleza de doña Basilia es aerodinámica... Por línea materna.

BASILIA. – (**Más incómoda aún**)... Si, si... Cómo no.

(**Sale BASILIA**).

SEBASTIAN y MARILUZ. – (**Sueltan a reír**).

MARILUZ. – ¿Cómo que al fin dio su brazo a torcer?

SEBASTIAN. – Si. Ya empezó a sentirse incómoda.

MARILUZ. – Sin embargo, creo que te haces muchas ilusiones.

SEBASTIAN. – ¿Por qué?

MARILUZ. – No creo que esta clase de entrometidos se ahuyente con sutilezas y buenas maneras.

SEBASTIAN. – Las buenas maneras, cuando están respaldadas por la costumbre y no se dejan contaminar, acaban por avergonzar a los que no las tienen.

MARILUZ. – ¿Y si no se avergüenzan?

SEBASTIAN. – Se envalentonan, hasta eliminarse ellos mismos unos a otros.

MARILUZ. – Tú sabes más que yo; pero no te acompañaría mucho tiempo en esta jugarreta.

(**Entra BENIGNO de la calle**).

BENIGNO. – Muy buenos días, don Sebastián... Señorita...

SEBASTIAN. – (**Abrazándolo**). ¡Hola, mi queridísimo amigo!

BENIGNO. – Vengo porque... recibí su razón, de que me necesitaba con urgencia.

SEBASTIAN. – Con urgencia inaplazable... Déme acá su sombrero.

BENIGNO. – Gracias... A sus órdenes...

SEBASTIAN. – Hizo mal en abandonarnos el otro día, sin decir siquiera hasta luego.

BENIGNO. – Estaba confundido, avergonzado...

SEBASTIAN. – Un error... Ha debido quedarse... ¡Del todo!

BENIGNO. – ¿Yo?

SEBASTIAN. – Y desde hoy se queda aquí a vivir con nosotros... como si esta fuera su casa.

BENIGNO. – Pero si lo que pretendo es todo lo contrario: que ellos salgan de aquí y les dejen a ustedes en paz. Según el concepto de mí abogado...

SEBASTIAN. – Desconfíe usted de los abogados y de la justicia, que aunque sabios son lentos y costosos... Por lo pronto, si su familia no quiere irse, lo natural es que usted se instale aquí al lado de sus hijos, su mujer y su suegra.

BENIGNO. – Me conformaría con ver a los niños.

SEBASTIAN. – Acompáñalo, Mariluz.

MARILUZ. – Venga conmigo, sí.

BENIGNO. – Gracias, señorita... Pero no quisiera que por mi culpa haya otro escándalo.

SEBASTIAN. – Pues si lo hay, no se preocupe. Ya le he dicho que está usted en su casa. Proceda con ese criterio.

BENIGNO. – ¿Ninfa está ahí?... Es mejor evitar nueva discusión.

MARILUZ. – Salió desde ayer.

SEBASTIAN. – Pasó la noche fuera.

BENIGNO. – ¿Ah, sí?

SEBASTIAN. – Dijo que iba también a hablar con su abogado... Que por lo visto debe de tener despacho nocturno...

BENIGNO. – Vamos, señorita, si me hace el favor...

(*Salen MARILUZ y BENIGNO*).

SEBASTIAN. – ¡Concha!

(*Entra CONCHA*).

CONCHA. – ¿Qué desea, don Sebastián?

SEBASTIAN. – Trae una bata de Jorge para el señor que acaba de llegar.

CONCHA. – ¿Se viene también para acá?

SEBASTIAN. – Y prepárate a recibir más gente, si es preciso.

CONCHA. – ¿Ya dónde?

SEBASTIAN. – Y no te afanes por el recargo de trabajo. Te autorizo el mal genio. Como te pidan más de lo que puedas hacer, o te digan algo que te disguste, responde con dos piedras en la mano.

CONCHA. – Si don Sebastián me autoriza...

SEBASTIAN. – ¡Cómo que si te autorizo! ¡Te lo encarezco!

CONCHA. – (*Risueña*). Siendo así...

SEBASTIAN. – Mientras Mariluz y yo, que tenemos obligación de ser bien educados, atacamos de flanco, afila tu lengua por cuenta propia y das un asalto a la bayoneta.

CONCHA. – Pues ganas no me faltan, don Sebastián.

(Sale CONCHA).

SEBASTIAN. – ¡Ah!... Lo que es el orden y la tranquilidad, ¡los impongo!... ¡Cueste lo que cueste!

(Entra BENIGNO).

BENIGNO. – Don Sebastián: me llevo los niños... aprovechando que ella no está aquí... No aspiro a nada más.

SEBASTIAN. – Usted no sale de aquí, hombre de Dios. Ni solo ni acompañado. Usted almuerza con nosotros.

BENIGNO. – Pero don Sebastián: lo considero inconducente. Si no pienso ver más a esa mujer en mi vida.

SEBASTIAN. – Tendrá que verla aunque sea una vez más, y haremos un último esfuerzo para que su hogar no se destruya.

BENIGNO. – Eso es imposible.

SEBASTIAN. – Póngase en mis manos... Déme su sombrero... ¡Ah, ya lo tengo!... Quítese ahora el saco.

BENIGNO. – Pero don Sebastián...

SEBASTIAN. – (*Obligándolo*). Démelo acá... Es inútil que se resista... Y ahora, póngase esta bata.

BENIGNO. – Escúcheme, don Sebastián...

SEBASTIAN. – Hágame el favor... (*Se la pone*)... ¡Y qué bien le queda!... Ahora siéntese ahí, y convénzase de que está en su casa... Si llega su mujer, tómele cuentas tranquila mente... Si quiere en tanto distraerse y dominar el arte de la polémica, aquí tiene los diarios.

(Sale SEBASTIAN con el saco de BENIGNO).

BENIGNO. – (*Se quita la bata, se la vuelve a poner, se pasea nervioso, hojea un periódico, luego el otro, trata de irse, se sienta...*).

(Entra ISABEL).

ISABEL. – ¿Dormiste bien, mi amor?

BENIGNO. – (*Muy turbado*). ¡Isabel!... (*Se quita la bata; pero no encontrando el saco, se la vuelve a poner*).

ISABEL. – (*confundida*). No sabía que estuviera usted aquí...

BENIGNO. – Perdóname, Isabel... Resulta que don Sebastián...

ISABEL. – ¿Lo hizo dormir aquí anoche?

BENIGNO. – No... Si acabo de llegar... Pero él está empeñado en que me venga para acá del todo... Y me puso esta bata casi a la fuerza... Y me quitó el saco y el sombrero...

ISABEL. – Empiezo a creer que ha perdido el juicio.

BENIGNO. – Si me hicieras el favor de pedírselos...

ISABEL. – ¿Y dónde está tío Sebastián?

BENIGNO. – Subió por ahí...

(*Entra JORGE*).

JORGE. – (*Extrañado*). Buenos días...

BENIGNO. – Usted perdone...

JORGE. – No sabía que estuviera usted aquí... ni que hubiera pasado la noche aquí.

ISABEL. – Si acaba de llegar.

JORGE. – Ah, ¿sí?... ¿En bata?

BENIGNO. – No, no...

ISABEL. – Se la hizo poner el tío, no sé con qué objeto.

JORGE. – Ajá...

BENIGNO. – Voy a decirle que... que me voy... Es lo mejor... ¿Dónde está?

ISABEL. – Posiblemente en el estudio... primer cuarto a la derecha, al subir la escalera.

BENIGNO. – Ustedes perdonen...

(*Sale BENIGNO, desorbitado*).

JORGE. – No sé qué necesidad tengan de hacer nada a espaldas mías.

ISABEL. – ¿Qué se ha hecho a espaldas tuyas?

JORGE. – Ese hombre durmió anoche aquí.

ISABEL. – Te digo que no.

JORGE. – (*Iracundo*). Te digo que sí.

ISABEL. – ¿Por qué me gritas?

JORGE. – Porque esto es una farsa ridícula.

ISABEL. – Más ridículo es lo que estás imaginando.

JORGE. – Lo que pasa es que empiezo a conocerte.

ISABEL. – ¡Jorge, Jorge!... ¡No sigas!... ¡Sería espantoso!

(**Entra BERNARDO de la calle**).

BERNARDO. – ¿Cómo? ¿Ustedes discutiendo?... ¡Increíble!... ¡Se acabó entonces la luna de miel!

ISABEL. – ¡Bernardo!

JORGE. – ¿Llegaste hoy?

BERNARDO. – Hace pocos días... Mi viaje fue corto.

JORGE. – Eso veo.

ISABEL. – Me alegra que estés de vuelta... Te dejo con Jorge... Ya vengo.

JORGE. – ¿A dónde vas?

ISABEL. – Quiero hablar con tío Sebastián...

(**Sale ISABEL**).

JORGE. – ¿Y por qué ese regreso tan intempestivo, sin que asomaras por aquí desde tu llegada?

BERNARDO. – ¡Jorge, Jorge!... ¡Vengo optimista!... Encontré ya, como tú, la mujer precisa... ¡La mujer solitaria! ¡El ideal!... ¡Estoy enamorado!

JORGE. – (**Muy frío**). Te felicito.

BERNARDO. – ¿Tan fríamente?... Cualquiera diría que reaccionas con envidia.

JORGE. – Te equivocas.

BERNARDO. – Hay personas así: envidian en los demás lo que ellas tienen a rodo.

JORGE. – Cuéntame detalles... ¿Cómo encontraste... eso?

BERNARDO. – Fue algo instantáneo y luminoso, como un relámpago.

JORGE. – Y veo que el rayo te fulminó.

BERNARDO. – Un viaje muy corto en avión... Ella subió buscando sitio, y no quedaba sino uno, junto a mí... La vi y me cautivó. La conversación se hizo forzosa... ¿De dónde viene usted?, le pregunté... De la luna.

JORGE. – Originalísimo.

BERNARDO. – ¿A dónde va?... ¡A Marte!

JORGE. – ¡Un noviazgo interestelar!

BERNARDO. – Me acordé de lo que me contabas, cuando encontraste a Isabel en Barranquilla, en un bus... ¿De dónde viene usted? De una concha de mar... ¿A dónde va?

JORGE. – (**Con amargura**). A las nieves eternas...

BERNARDO. – Como copiado, ¿no?

JORGE. – Si... Sólo que mi caso era más modesto.

BERNARDO. – ¿Sería usted capaz - le dije - de querer a un desconocido?... Y perdóname que te haya plagiado.

JORGE. – ¿Y qué respondió?

BERNARDO. – Podría quererlo mucho; pero a condición de que no volviera a preguntarme de donde vengo ni para donde voy.

JORGE. – La misma táctica... ¡Curioso!

BERNARDO. – ¿Sería usted capaz - añadí - ... De quererme?

JORGE. – ¿Y qué?

BERNARDO. – Me miró de hito en hito... Dejó caer las pestañas como una caricia... Y...

JORGE. – ¿Qué dijo?

BERNARDO. – Musitó, más qué dijo: ¿Por qué no?

JORGE. – ¿Qué más?

BERNARDO. – Correspondió a un apretón de manos, y dejó por mucho tiempo sus deditos entre los míos... Le pedí entonces...

JORGE. – Un beso...

BERNARDO. – No me atreví, porque los pasajeros no nos quitaban los ojos; pero presiento que, al estar solos, me lo habría dado... Le pedí solamente... Su nombre.

JORGE. – ¿Quién es?

BERNARDO. – Me dijo que se llamaba Esmeralda.

JORGE. – Otra joya, como la mía.

BERNARDO. –... Y que no le preguntara nada más, porque rompería el encanto de nuestro idilio.

JORGE. – Una esmeralda sin apellido... ¡Cuidado!

BERNARDO. – ¿La tuya no dijo que era Perla?... ¡Pueda que hasta sean hermanas!

JORGE. – (**Poniéndose en pie**). ¡Caramba!

BERNARDO. – ¿Por qué te alarmas?

JORGE. – No, no...

BERNARDO. – Cualquiera diría que te fastidias, en vez de complacerte.

JORGE. – Sigue, sigue...

BERNARDO. – Dejándome llevar del impulso, le pregunté, cuando ya íbamos a aterrizar, y el avión se ladeaba, dejando ver por una ventanilla la tierra y por la otra el cielo...

JORGE. – Suprime paisajes...

BERNARDO. – Le pregunté: ¿te casarías conmigo, mujercita adorable, sin saber quién soy y sin que yo sepa nunca quién eres?

JORGE. – ¿Y qué te dijo?

BERNARDO. – Que nada tendría de raro.

JORGE. – ¿Y después?

BERNARDO. – Aterrizamos.

JORGE. – Ya era hora... ¿Y la tienes contigo?

BERNARDO. – Eso es lo que me inquieta... y lo que no me ha dejado salir de la casa en estos días... Me rogó que no la siguiera, y quedó de llamarme por teléfono... Llevo tres días al pie del aparato... ¡Tres días con sus noches, y nada!

JORGE. – Te tomaron el pelo... Mejor así.

BERNARDO. – No creo... Estoy tan seguro de que me llamará, que dejé una sirvienta reemplazándome, con la consigna de que diga que estoy aquí, o en camino hacia una de las dos partes.

JORGE. – Si por desgracia esa mujer te toma en serio, no te cases.

BERNARDO. – Amaneciste pesimista hoy... ¿O estás todavía bajo el influjo de la discusión en que te encontré con Isabel?

JORGE. – No te hagas ilusiones, Bernardo. Nadie en el mundo puede aislarse. Todos estamos fatalmente unidos a una triste, a una sucia realidad. Cuando pretendemos huirla, cuando tratamos de ignorarla, ella nos envuelve y nos domina... En cuanto a Isabel...

(**Entra BASILIA**).

BASILIA. – ¡Jorge! ¡Esa criada es una insolente! ¡Si viera cómo me ha faltado al respeto otra vez!... ¡No le tolero más!

JORGE. – (**Frío**). Habrá que despedirla.

BASILIA. – Supóngase que... ¿Qué?... ¿Cómo?... ¿Pero este no es Bernardo?

BERNARDO. – (**Aterrado**). ¿Usted de dónde sale?

BASILIA. – ¿Y usted?... Creí que se lo había tragado la tierra.

JORGE. – ¿Se conocían luego?

BASILIA. – Muchísimo... Hasta creí en un tiempo que estaba enamorado de Isabel... De pronto no volvió... Pero miren cómo la cabra tira al monte... ¿Y ahora de dónde viene... Y para dónde va?

JORGE. – (**Irónico**). Viene de la luna... y va para Marte.

(Aparece ISABEL y queda extática, al fondo).

BASILIA. – Nada tendría de raro, porque hay pícaros con fortuna (**carcajada**). Por más barrabasadas que haya hecho me sigue siendo simpático el muy condenillo (**le pellizca la mejilla**). Venga acá, venga acá que tenemos que hablar muchas cosas... cosas que no se pueden hablar delante de los demás... Venga para acá... Venga, no sea esquivo... ¿Me permite que se lo quite un momento?... Voy a tomarle cuentas al muy ingrato...

BERNARDO. – (*Dejándose arrastrar*). Perdón, Jorge...

(*Salen BASILIA y BERNARDO*).

JORGE. – Un engaño más, pues... ¿Cuántos faltan, Isabel, para completar tu mitología?

ISABEL. – Este es el último. ¡Te lo juro!... Y esta también, si quieres, nuestra última conversación.

JORGE. – ¿Vas a enmudecer?... Seria lo prudente.

ISABEL. – Voy a volar.

JORGE. – Sí... Como la crisálida... Dejando el bagazo para ir en busca de horizontes... Te felicito por tus alas... Y por tus alcances.

ISABEL. – Jorge: no me ofendas más... Al menos de ese modo,

JORGE. – Es cierto... Te estoy ofendiendo con demasiada finura... Estás echando de menos el tratamiento que recibe tu hermana... Y eso es lo que esperas talvez, para sentirte en tu ambiente... Por desgracia me declaro incapaz.

ISABEL. – Termina, por favor. Acaba de desahogarte.

JORGE. – ¿Por qué me has mentido en esa forma?... Pase que hubieras querido ocultarme la vulgaridad de tu origen, y tus amoríos con el marido de tu hermana, porque todo eso es en verdad demasiado repugnante... Pero que hayas traído a nuestro hogar a un hombre que sabía todo lo que yo ignoraba...

ISABEL. – Lo trajiste tú.

JORGE. – Sí, como a todo el mundo... ¡Ya lo veo! En esa táctica también eres maestra. Yo soy el crimen y tú la inocencia sorprendida... Fui yo también quien puse a Bernardo de acuerdo contigo para que me mintieran... Y quien sabe cuantas verdades me estará él ocultando, de acuerdo contigo... Y cuantas mentiras más inventará para disimular su felonía...

ISABEL. – Óyeme, Jorge: hay algo contra lo cual no tengo ahora ánimo de luchar: contra las apariencias... Y menos en el estado de ánimo en que te encuentras... Reconozco que toda culpa es mía... No critico tu exaltación... ni tus palabras... Te ruego tan sólo que me dejes salir de aquí sin más ultrajes.

JORGE. – ¿Qué nueva farsa tratas de inventar?

ISABEL. – Llámala así si quieres... Sé todo lo que estás pensando... Tienes un infierno en la cabeza, y me declaro incapaz de sufrirlo... Déjame regresar al puesto que tenía cuando te conocí. Quiero vivir nuevamente de mi trabajo... Y vivir sola... Sin que esto sea un adiós... Sabrás de mí cuando lo deseas... Y cuando te convenzas de que te equivocas, de que te quiero y me quieres, y resuelvas llamarde... Vendré... En tanto, separémonos... No le terno tanto a la separación como a los insultos, que muchas veces son imborrables... Déjame decirte hasta luego, Jorge... Con un beso en la frente.

(*MARILUZ entrado mientras Isabel dice las últimas frases... ISABEL sale*).

MARILUZ. – ¿Qué te pasa, Jorge?

JORGE. – Que esto se acabó.

MARILUZ. – Vuelves a perder tu aplomo.

JORGE. – No es falta de aplomo. Es la más terrible desilusión.

MARILUZ. – ¿No estarás viendo visiones?

JORGE. – No, no... Esta vez no... ¿Dónde está tío Sebastián?

MARILUZ. – Pueda ser que él te tranquilice, como siempre... ¡Tío Sebastián!... ¡Tío Sebastián!

(*Entra SEBASTIAN*).

SEBASTIAN. – (*Hacia arriba*). ¡Cuidado con hacerme trampa!... ¿Qué quieras hija?

MARILUZ. – ¡Míralo!

SEBASTIAN. – ¡Amargado otra vez!

JORGE. – Asqueado.

SEBASTIAN. – ¿Nuevo debate con Isabel?

MARILUZ. – (*Asiente con la cabeza, sonriendo*).

SEBASTIAN. – Abre la boca... Toma otros dos bromuros... ¿Dónde está Isabel, para reforzarle a ella también la dosis?

MARILUZ. – Subió...

SEBASTIAN. – Ven para acá... Trata de dormir un rato.

JORGE. – Hay algo que tú ignoras, tío, y que considero el más vil de los engaños...

SEBASTIAN. – (*Llevándose lo*). Vamos a ver de qué se trata...

JORGE. – Imagínate que...

(*Salen SEBASTIAN y JORGE*).

MARILUZ. – (*Va al teléfono, vacila emocionada y llama*). ¿A ver? ¿A quién?

(*Entra BERNARDO, perseguido por BASILIA*).

BASILIA. – Pero venga acá, hombre... No sea escurridizo... ¡Qué serio se ha vuelto! (*carcajada*).

MARILUZ. – (*Vuelve a mirar y se le cae la bocina*). ¿Usted?

BERNARDO. – ¡Esmeralda!

MARILUZ. – ¿Por qué me siguió?

BERNARDO. – ¿Qué hace usted aquí?

BASILIA. – ¿Se conocían?... ¡Qué hombre tan popular!

BERNARDO. – (Aterrado, a **BASILIA**). ¿Es parienta suya?

BASILIA. – Pues casi, ¿no?... ¡Y nos entendemos muy bien!

MARILUZ. – Aquí soy Mariluz... La hermana de Jorge... ¿Y usted?

BERNARDO. – Un amigo de Jorge.

MARILUZ. – ¡Qué casualidad!

BASILIA. – ¡Téngale cuidado!... Es muy ingrato.

BERNARDO. – ¿Nos permite usted un momento?

BASILIA. – ¿Estorbo?

BERNARDO. – Si, señora, si...

BASILIA. – ¡Ah, pues... quién iba a sospechar!... Los dejo solos...

(Sale **BASILIA riendo**).

BERNARDO. – ¿Por qué me has tenido tres días muriendo de angustia?

MARILUZ. – Llegué a Marte, y lo encontré cerrado.

BERNARDO. – Háblame en serio... ¿Por qué.

MARILUZ. – Por miedo...

BERNARDO. – ¿Miedo al amor?

MARILUZ. – Quizá...

BERNARDO. – ¿Es verdad que me quieres entonces?

MARILUZ. – ¡Quién lo creyera! ¡Con toda mi alma!

BERNARDO. – ¿Dónde está Jorge?... Quiero hablarle.

MARILUZ. – Ven... Yo también...

(Salen **MARILUZ** y **BERNARDO**... **BASILIA**, que los espiaba, entra de nuevo, siguiéndolos).

BASILIA. – ¡Mírenlo!... ¡Con razón!

(**CONCHA** entra y cruza la escena).

CONCHA. – (Canta en voz baja).

BASILIA. – (Sacudiéndola por el brazo). ¿No oyó que la estaba llamando? ¿No oye?

CONCHA. – Por el brazo no oigo.

BASILIA. – Se acabaron las insolencias.

CONCHA. – Creo que es ahora cuando van a empezar.

BASILIA. – ¡Se larga ahora mismo de aquí!

CONCHA. – La que debiera largarse es usted, que está de balde. Yo en cambio vivo de mi trabajo.

BASILIA. – ¡De su trabajo!... ¡Será por lo mucho que hace!... En fin, ¿para qué discutir con la plebe?

CONCHA. – Seré plebe, pero de padre conocido. Puedo mostrarle mi fe de bautismo.

BASILIA. – ¡Voy a llamar a mi hijo para que me haga respetar!

CONCHA. – Tal vez al hijo. Al que no podrá llamar de ningún modo será al papá....

BASILIA. – ¡Mire que le rompo la boca!

CONCHA. – ¡Averigüe y verá que la que rompe aquí algo todos los días soy yo... Así que ande con cuidado.

(*Entra BENIGNO*).

BENIGNO. – ¿Qué es esta escena de arrabal?

BASILIA. – Calla a esa mujer... Sácala de aquí.

CONCHA. – Sáquela a ella más bien... Ella es la entrometida.

BASILIA. – ¿Pero no eres hombre?

CONCHA. – Si lo fuera, no estaría aquí en bata, mientras la mujer anda por la calle cumpliendo citas telefónicas.

BASILIA. – ¡Calumniadora!

CONCHA. – Puedo hasta decirle donde está, porque oí todo por la derivación... Y le digo también dónde están todas las cosas que sus hijos están sacando de aquí para irlas a empeñar.

BENIGNO. – ¡Esto es vergonzoso, señora!

CONCHA. – Y si quiere saber más todavía, le digo lo que vi hace un momento: que ella quería besar a don Bernardo... ¡Y tan jovencita como está!

BASILIA. – ¿Oyes esa infamia?... Cúrtale la lengua... Mata esa víbora.

BENIGNO. – Silencio, por Dios... ¡Silencio! ¡No me avergüencen más!

CONCHA. – Para lo que conocen la vergüenza...

(*Sale CONCHA*).

BENIGNO. – Doña Basilia; sé que ella no miente.

BASILIA. – ¿Me insultas tú también?

BENIGNO. – No está el momento para disimular.

BASILIA. – ¡Ay, qué sola me siento en la vida!

BENIGNO. – Evítese una contrariedad mayor: que esa mujer le sostenga, delante de todas las personas de esta casa, lo que acaba de decir.

BASILIA. – ¡Qué se atreval! ¡Donato no es una agua tibia, como tú, que sólo le pegas a tu mujer cuando está indefensa!... Pero Donato no debe tardar, afortunadamente.

BENIGNO. – El empeoraría la situación.

BASILIA. – ¿Pero qué hago?

BENIGNO. – Irse de aquí, ante todo.

BASILIA. – ¿Pero para dónde?

BENIGNO. – Para mi casa, aunque sea. Respetemos ante todo la tranquilidad de Isabel.

BASILIA. – ¿Y qué estoy haciendo para que ella se intranquilice?

(*Entra NINFA de la calle*).

NINFA. – ¿Qué hace usted aquí?

BENIGNO. – Esperarte.

NINFA. – ¿Para qué?

BENIGNO. – Para obligarte a salir de aquí ahora mismo.

NINFA. – ¿De aquí también? Ese hombre está loco.

BENIGNO. – Estoy ahora por fortuna en mi sano juicio. Y si no sales de aquí por las buenas...

NINFA. – El que va a salir eres tú, por las buenas o por las malas. Criminal. Estúpido... Vas a ver...

(*Entra SEBASTIAN*).

SEBASTIAN. – Les ruego que hablen más bajo. Jorge está con dolor de cabeza, e Isabel con dolor en el corazón.

NINFA. – Dígale usted, don Sebastián, que no tiene nada que hacer aquí, que me deje en paz.

SEBASTIAN. – Mal haría en decírselo... Lo he invitado a vivir con nosotros, para ponerles fin a las discordias... Además, tenemos pendiente una partida de ajedrez.

NINFA. – ¡Ah! ¿Si?... Pues entonces las que estamos por demás somos nosotras.

SEBASTIAN. – Nadie está por demás... Antes faltan huéspedes.

NINFA. – Vamos, mamá... Trae a los niños.

BENIGNO. – Los niños ya están lejos de aquí... bajo mi guarda. No volverás a verlos.

NINFA. – ¡Te demostraré que no puedes quitármelos!

SEBASTIAN. – Más bajo... Más bajo...

NINFA. – ¡Vámonos, mamá!

BASILIA. – Sí... Estoy cansada de insultos, y de humillaciones, y de groserías.

SEBASTIAN. – Si se empeñan, les pido un taxi.

NINFA. – No es necesario... Lo tengo en la puerta... Vamos, mamá.

BASILIA. – ¿Sin nada?...

NINFA. – Antes de que ese hombre nos asesine... y el otro aplauda.

SEBASTIAN. – Aplaudiré más bien que evitemos un caso de sangre...

BASILIA. – Donato vendrá por el equipaje.

SEBASTIAN. – O lo enviaremos a donde usted guste...

NINFA. – No. Es mejor que oigan a Donato... Vamos, mamá.

BASILIA. – Vamos, sí... Pero, ¿a dónde?

NINFA. – No te preocupes... Tengo un abogado que me respalda en toda forma, a Dios gracias... Vamos a ver quién gana este pleito.

(*Salen BASILIA y NINFA hacia la calle*).

SEBASTIAN. – Y ahora, ¿qué dice usted?

BENIGNO. – Que tenía usted razón.

SEBASTIAN. – ¿Terminamos nuestra partida?

BENIGNO. – No, don Sebastián... (*Se quita la bata*). Ahora si entréguele el saco y el sombrero, se lo ruego, y déjeme ir... Y sin despedirme de nadie... Ya que me ayudó a sacar de aquí a mis hijos, déjeme ir a reunirme con ellas.

SEBASTIAN. – Talvez ahora sea usted quien tiene la razón... Concha: baja el saco y el sombrero del señor.

BENIGNO. – Y gracias por todo, don Sebastián.

SEBASTIAN. – Por nada, hombre... Por nada.

(*Entra CONCHA con el saco y el sombrero*).

CONCHA. – ¿Se fueron de verdad?

SEBASTIAN. – Así parece.

CONCHA. – ¿Y el señor... Se queda?

SEBASTIAN. – No... Acompáñalo hasta la puerta con todos los honores.

BENIGNO. – (**Sacando la cartera**). Y gracias por tu ayuda (**Le da propina**).

CONCHA. – ¡Ay, gracias, señor!

BENIGNO. – Y si vuelven por acá, procura ser todavía más locuaz...

(**Sale BENIGNO**).

CONCHA. – ¡Quién iba a creer que esto iba a resultar negocio!

SEBASTIAN. – ¡Ya lo ves! ¡Y querías irte!... Acompáñalo, acompáñalo...

(**Sale CONCHA riendo**).

SEBASTIAN. – ¡Mariluz!...; Mariluz!

(**Entra MARILUZ**).

MARILUZ. – ¿Tío?

SEBASTIAN. – ¡Ya lo ves! ¡Antes de lo que yo esperaba!

MARILUZ. – (**Sorprendida**). ¿Se fueron?

SEBASTIAN. – Ellas al menos... Al otro ya podré hablarle con más claridad.

MARILUZ. – Por lo pronto vamos a darle la noticia a Isabel. Se le va a quitar la jaqueca.

(**Salen SEBASTIAN y MARILUZ... A pocos segundos se oye alegato en la calle y entra DONATO ebrio, empujando a CONCHA**).

DONATO. – ¿Con que no puedo entrar?

CONCHA. – Le repito que se acaban de ir... y que no piensan volver.

DONATO. – ¿Qué me importa?... Tengo derecho a entrar a todas partes, como agente del orden.

CONCHA. – Llamaré a don Jorge.

DONATO. – A nadie... Ven acá... (**Saca la pistola**). ¡Que vengas, he dicho!

CONCHA. – (**Aterrada**). ¿Para qué?

DONATO. – Porque lo mando... Soy autoridad... Aquí y en todas partes... Y con esto me he conquistado ese derecho... ¡Y a ver quién me chista!... ¿Vienes o no?

CONCHA. – (**Acercándose aterrada**). ¿Para qué?

DONATO. – Para requisarte... (**La requisa**).

CONCHA. – (**Evasiva**). Que me deje.

DONATO. – (**Le quita el billete**). Déjame eso acá y sirve dos whiskys.

CONCHA. – Sí señor...

DONATO. – Sírvelos y te tomas uno conmigo... Porque yo lo mando.

CONCHA. – Si señor.

DONATO. – Y el que quiera impedirlo, que venga... (**Golpeando la mesa**). ¿Sirves o no?

CONCHA. – Ya va, sí señor...

DONATO. – (**Gritando**). ¡Repto que soy autoridad!

(**Entra MARILUZ**).

MARILUZ. – No griten, por favor, que Jorge está dormido.

CONCHA. – No entre, señorita...

DONATO. – Yo mando que entre... ¡Entre!

MARILUZ. – ¿Por qué no?... Me seducen las armas de fuego.

DONATO. – Son tres whiskys (**A CONCHA**). ¿Lo oyes, esclava? (**A MARILUZ**). Usted toma conmigo... Y se va conmigo a donde yo ordene.

MARILUZ. – Es una idea luminosa...

DONATO. – (**A CONCHA**). ¿Qué hubo?

CONCHA. – Aquí está... Aquí está...

DONATO. – Siéntese usted aquí... Junto a mi.

MARILUZ. – Pero con una condición.

DONATO. – ¿Cuál?

MARILUZ. – No me hable tan cerca; porque, francamente, tiene muy mal aliento... Le falta un poco de cepillo.

DONATO. – ¡Repto que soy autoridad!

MARILUZ. – Pero si sigue hablando en ese tono, habrá que llamar a la autoridad para que se lleve a la autoridad...

DONATO. – Primero puedo demostrarle que esto penetra... Donde el cepillo no toca.

MARILUZ. – ¡Ay, qué éxtasis!

DONATO. – ¿Bebe o no?

MARILUZ. – Quisiera que nos acompañaran mi tío, mi hermano y mi novio... Todos están ahí dentro.

DONATO. – No me asustan.

(**Entra SEBASTIAN, revólver en mano**).

SEBASTIAN. – Va a ver usted que sí... ¿Quiere entregarme ese juguete? (*Le apunta*).

DONATO. – Usted es quien va a entregarme el suyo.

SEBASTIAN. – ¡A demostrarlo!

DONATO. – (*Le muestra la placa de policía secreto*). ¡Mire!

SEBASTIAN. – ¿Eso es todo?... (*Abre su saco*). Mire la mía... Soy su jefe, en todo caso.

DONATO. – (*Azorado*). Entonces...

SEBASTIAN. – Como primera medida, entréguele el arma...

DONATO. – Aquí está...

SEBASTIAN. – Y los comprobantes de empeñaduria que lleva en el bolsillo... ¡Pronto!...

DONATO. – Sí, doptor...

CONCHA. – Y la plata que me quitó...

SEBASTIAN. – También, también... Y ahora, a perderse, si no quiere sufrir muy graves consecuencias...

DONATO. – Está bien, doptor...

(*Sale DONATO. Aparecen ISABEL, JORGE y BERNARDO*).

JORGE. – ¿Qué pasa ahora?

SEBASTIAN. – La gran noticia. Se fueron todos.

ISABEL. – ¿Todos?

MARILUZ. – Puedes volver a tu leyenda...

SEBASTIAN. – Y yo a mi refugio... ¿Vendrás conmigo, Mariluz?

BERNARDO. – No, don Sebastián... Ella se queda aquí conmigo.

SEBASTIAN. – ¿Cómo es eso? ¿Echo a unos y se me vienen otros?

BERNARDO. – Es que... nosotros también tenemos nuestra leyenda.

SEBASTIAN. – Entendido... ¿Y tú eres la víctima?

BERNARDO. – ¿Qué dices, Mariluz?

MARILUZ. – (*Acercándosele, insinuante*). Que sí...

SEBASTIAN. – Pero que no se le ocurra ir a ver a la familia, ni invitarla a que venga.

BERNARDO. – ¿Por qué no, don Sebastián?

SEBASTIAN. – Por que si ya conocieron la demagogia de los Chuliván, tiémblenles aun más a los prejuicios de los Mocra.

JORGE. – No me guardes rencor, Isabel. Piensa que todo fue una pesadilla.

ISABEL. – No conozco el rencor... Y te quiero.

JORGE. – Ahora seremos cuatro contra el mundo.

SEBASTIAN. – Cinco conmigo, no faltaba más... (**Muestra la placa**). Soy autoridad y entro a todas partes.

MARILUZ. – Usted será nuestro único parentesco.

SEBASTIAN. – Sí, lejos de toda familia política... mientras venden pasajes a la luna.

TELON